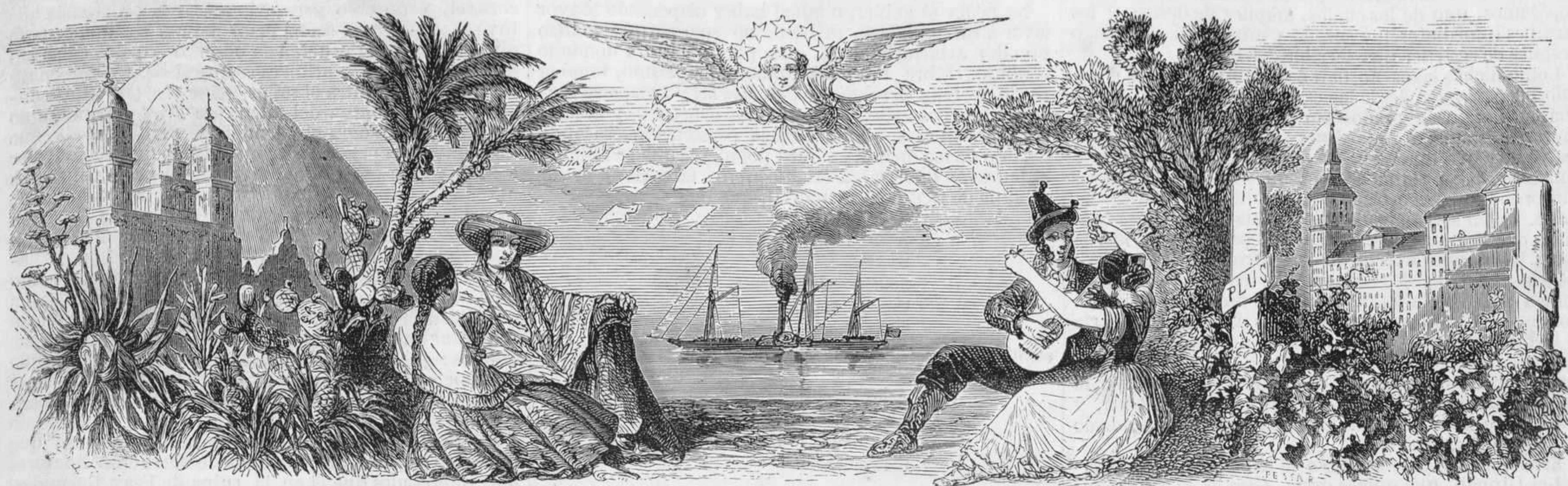


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 35.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

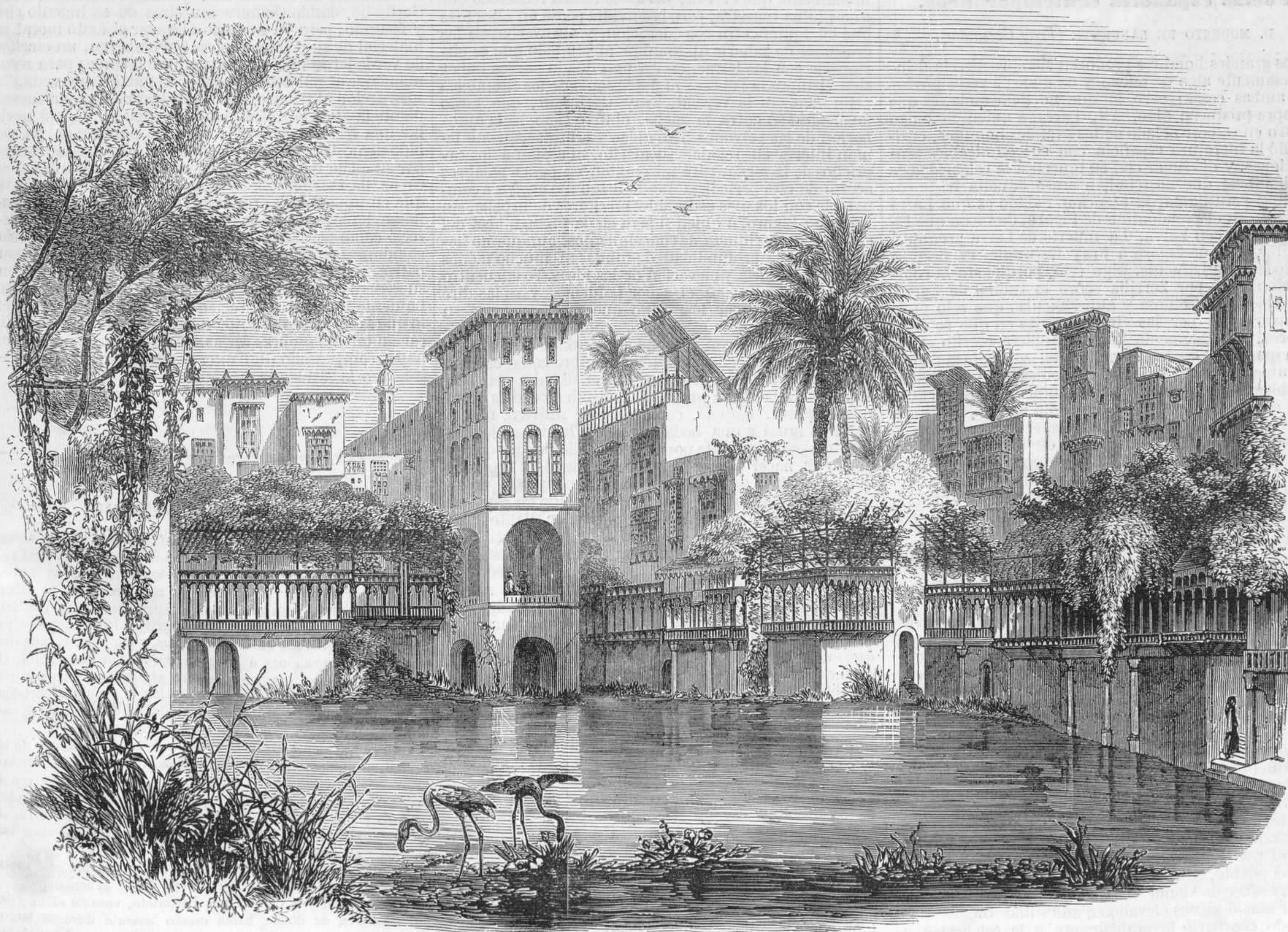
**Birket-el-Ginnah, en Egipto;** grabado. — **Poetas españoles contemporáneos;** D. Modesto de Lafuente (fray Gerundio). — **Historia de la semana.** — **El álbum de Moldo-Valaquia;** grabados. — **Civilizacion.** — **Una noche de Aquelarre.** — **Sepulcro de Napoleon en los Inválidos;** grabados. — **Ricardo Digby.** — **Los baños minerales de Ems.** — **Viaje por el Ecuador, por el Napo y el rio de las Amazonas;** grabados. — **Boletín científico.** — **Máquina Ericsson.** — **La pelota normanda.**

## Birket-el-Ginnah, en Egipto.

El Cairo es hoy la capital del Egipto, y el Egipto ha sido siempre uno de los países mas interesantes del mundo. La antigüedad de su civilizacion, su historia nutrida de grandiosas hazañas, sus obras colosales, todo esto hablara eternamente á la imaginacion de los hombres de una manera poética, elocuente. Allí se inspiró Napoleon avivando el entusiasmo de sus soldados con aquellas célebres palabras : « Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan. » Porque es imposible que no acudan ideas brillantes á la

mente de los hombres en un país iluminado por tan sublimes recuerdos.

Pero, aparte de lo que allí ha hecho la civilizacion, hay que admirar muchas bellezas naturales, tales como los lagos formados los unos por las avenidas del Nilo, otros por manantiales, y todo reflejando las formas de aquella arquitectura singular, la vegetacion, ó los rayos de un sol encendido. Es un gran espectáculo el que se presenta á la vista cuando uno se coloca en alguna azotea del Cairo, de esa ciudad que cuenta 412 mezquitas y sepulcros, 500 minaretes, 300 cisternas, 60 baños, 34 fuentes, 140 escuelas públicas, 1,265 fondas, 71 puertas y 1,170 cafés. Sin embargo, lo que mas il-



Birket-el-Ginnah, en el Cairo.



ma allí la atención, lo repito, son esos depósitos de agua, esos lagos rodeados de verdura que se ven brillar como una gota de rocío entre las ramas de un arbusto.

Uno de los más notables es el lago de los Hipopótamos, llamado así á causa de que en una de las crecidas del Nilo fueron arrastrados por la corriente muchos hipopótamos, uno de los cuales, despues de destrozar los jardines inmediatos, fué cazado y muerto en dicho lago despues de sostener una terrible defensa.

Como dichos lagos no dan á ningun camino ó calle, solo pueden verse desde las casas vecinas, razon por la cual suelen ser ignorados por muchos viajeros. Cuéntanse en la ciudad 22 jardines principales, en los cuales no hay que buscar calles de árboles ni proporciones simétricas: son verdaderos bosques llenos de plantas que crecen tal como place á la naturaleza y á la casualidad. Difícil sería dar una idea de dichos jardines cuajados de naranjos, de granados, de palmeras, en fin, de todas las plantas más bellas del Oriente. El que estos renglones escribe, los ha visitado en la primavera, y nunca olvidará las dulces horas que ha pasado en aquellos lugares, cada uno de los cuales trae á la memoria el jardín de las Hespérides, con sus manzanas de oro y su fragancia celestial. Desde ellos ha podido también contemplar los lagos Birket-el-Fil, Birket-el-Farrayu, el Abou-Chamat, el Sakkayu, el Botly, el Damalchech, y por último el Ginnah, que reproducimos en el grabado de la página anterior.

Este lago es el más hermoso de todos; llámase de Birket-el-Ginnah, que quiere decir, *Lago de la Hechicera*; está rodeado de casas y de jardines, de aquellos deliciosos pabellones hechos con arcos árabes y cubiertos completamente con cortinas formadas de violetas, cayendo en festones hasta el agua donde parece que van á apagar la sed. El ibis, ave de color de escarlata, la gallina de Faraon, blanca como la nieve, y otras no ménos vistosas, se agitan sobre la superficie del agua tranquila donde van á refrescarse y á buscar los peces que prefieren.

No tengo reparo en decir que el Cairo es la más pintoresca ciudad del mundo. La más pura por el estilo de su arquitectura, la más completa por los esplendores del cielo y de la tierra, por los tipos y las costumbres, en una palabra, por lo pintoresco de los detalles y del conjunto.

## Poetas españoles contemporáneos.

### D. MODESTO DE LAFUENTE (*Fray Gerundio*).

Los grandes hombres producen siempre directa ó indirectamente algo de bueno y de malo; á veces producen ambas cosas; pero lo que no tiene duda, es que siempre producen algo. Así, Larra, á quien no tengo reparo en colocar al lado de los grandes hombres, enriqueció la literatura española con sus admirables producciones, y dió lugar con su muerte á la celebridad de dos hombres que necesitaban acaso aquella triste coyuntura para llamar la atención. Sabido es que Larra escribió con el pseudónimo de Figaro, de modo que Figaro murió con Larra. La muerte de Larra produjo á Zorrilla, y la de Figaro á Fray Gerundio, es decir, á D. Modesto de Lafuente. Digo esto, porque sin la composición leída por Zorrilla sobre la tumba de Larra, composición defectuosa y aun ridícula, que solo pudo alcanzar voga por las circunstancias en que se dió á conocer, probablemente Zorrilla hubiera escrito sin la voga que logró desde entonces, ó tal vez habria dejado la pluma, convencido de que no podia crearse la individualidad á que aspiraba; y sin la muerte de Larra también es verosímil que Fray Gerundio no hubiera tenido ánimo suficiente para salir á la palestra, en que pudo presentarse sin el inconveniente de tener que luchar contra un rival formidable. He aquí explicado ya como Larra produjo algo hasta en el acto de su muerte.

Ya he manifestado mi opinión respecto de Zorrilla; poeta sin inspiración, vacío, palabrero y pésimo hablador, con lo cual queda demostrado que la muerte de Larra produjo algo malo. En este artículo haré ver que Fray Gerundio es un escritor apreciable, bajo muchos conceptos, con lo cual quedará demostrado también que la muerte de Figaro produjo algo bueno.

Efectivamente, el pueblo español que sintió vivamente la muerte de Larra, recibió con indecible placer la aparición de Fray Gerundio: porque todos los pueblos prefieren la sátira á todos los demás géneros de literatura, no solo porque les divierte, sino porque ven en ella un freno contra las demasías de los poderosos, y un remedio á la corrupción de las costumbres. Por eso cuando se supo que en la provincia de Leon se publicaba un periódico satírico-político, que tanta falta hacia en aquel tiempo, se despertó primero la curiosidad, y luego el interés hacia un papel que llenaba realmente su misión con oportunidad y gracia. D. Modesto de Lafuente, viendo la favorable acogida que su periódico alcanzaba, decidió trasladarse á Madrid, con lo cual dió mayor realce á su publicación, pues es digno de notarse que el pueblo, entre otras preocupaciones, tiene la de querer saber de donde vienen las cosas para darlas un lugar más ó ménos elevado en su estimación.

Todo concurrió favorablemente á la celebridad de Fray Gerundio: en primer lugar su chiste, luego la afición del pueblo á la sátira, despues la guerra civil,

que tenia en expectativa á todos los partidos, proporcionando de parte de los unos y de los otros abundantes materiales para la crítica, y como si todo esto no fuera bastante, hubo un ministro que tuvo la ocurrencia de prender una noche á Fray Gerundio, y llevarlo en compañía de varios carlistas ¿á dónde?... á los Carabancheles.

No podia el gobierno aquel haber dispensado mayor favor á un periodista satírico, no solo porque lo hizo prender arbitrariamente, sino por el sitio á donde le condujo. Libre Fray Gerundio de la prision, tomó el título de *Fray Gerundio de Carabanchel y Campazas*; escribió muchos artículos á cual más oportunos y graciosos sobre su rara é inexplicable persecucion, sacando partido de los dichos y cantos populares que se refieren al punto en que habia estado preso, tales como la seguidilla de tiempo inmemorial, que dice:

A los Carabancheles  
Se va la reina,  
Solo porque la llamen  
Carabanchela.

seguidilla que el escritor parodiaba, diciendo:

A los Carabancheles  
Va Fray Gerundio,  
Solo porque le llamen  
Carabanchelo.

De lo cual sacaba partido diciendo, que si no consonaba bien el cantar, tampoco consonaban muy bien las prisiones arbitrarias con la constitucion del Estado, y otras cosas no ménos oportunas y llenas de intencion. El resultado fué que la tal prision produjo al señor Lafuente algunas horas de incomodidad, y á su periódico algunos miles de suscripciones. He aquí todo el daño que el ministerio hizo á un escritor cuyas críticas le importunaban, y cuya popularidad empezaba á temer. ¿Qué más pudiera haber hecho un padre por su hijo?

Mientras Fray Gerundio trabajaba para llamar la atención, puede decirse que logró su objeto, sin más oposicion que la de las personas á quienes directamente censuraba; pero luego que creció su fama, empezaron á manifestarse distintos pareceres. La gente vana, esto es, la que á toda costa quiere afectar el buen tono, fingía cierto desden hacia aquella sátira que tachaba de tabernaria; el pueblo la buscaba con avidez, y los literatos seguían á la llamada gente de buen tono, cometiendo una injusticia á ciencia cierta, pues conocían sobradamente que el *Fray Gerundio* estaba redactado por una pluma maestra, pero la envidia podia en ellos más que cualquiera otra consideracion, y aprovechaban las ocasiones de zaherir al hombre afortunado que se enriquecía con las letras, en un país donde parece haber sido siempre la pobreza el patrimonio de los literatos.

En honor de la verdad, Fray Gerundio, que tanto favor alcanzó entre la plebe, obtuvo siempre la aprobacion de las personas instruidas y sensatas, que no tenían interés en rebajar su mérito, ni cedían á los caprichos de la moda. Diré mi opinión en pocas palabras acerca de este periodista. Desde luego me atrevo á compararle con los más estimables escritores de España, sin excluir á Figaro, á quien supera en la prodigalidad del chiste y en la riqueza de conocimientos, aunque no lleve á él en la profundidad de miras, ni mucho ménos en la vehemencia y elevacion de las ideas. Yo encuentro dos grandes faltas en el señor Lafuente, y se las diré con franqueza, por lo mismo que me honro con su amistad. La primera es cierta ostentacion de insensibilidad, que pugna con su bondad personal característica, y es cosa bien extraña que un hombre como el señor Lafuente, dotado de las más bellas cualidades efectivas, sacrifique á la sátira hasta los sentimientos más naturales y puros. Para él, como escritor satírico, un entierro es igual á una boda: lo uno y lo otro se le presentan exclusivamente por el lado ridículo, porque su objeto es hacer reír, aunque sea tomando á broma lo que solamente debe inspirar el sentimiento del dolor. Una catástrofe sangrienta, una desgracia de las que solo pueden expresarse mojando la pluma en llanto, proporcionan materiales para reír, á la musa festiva de Fray Gerundio, que no mira con más respeto los actos de clemencia, de generosidad, de pasión ó de heroísmo. La otra falta del señor Lafuente consiste en que nunca se ha sabido con seguridad cuales son sus principios en política, economía, administracion y otros puntos, y así sabemos todo lo que le parecia mal, por la censura que en sus capilladas hacia de los actos del gobierno, pero nunca dijo lo que se debía sustituir á lo que censuraba. He aquí los dos grandes defectos de Fray Gerundio; pero fuera de ellos, ¡cuántos y cuán admirables recursos ha desplegado este insigne escritor! Afortunado para tratar los asuntos más delicados con ese tacto que necesita tener el periodista de la oposicion, sino quiere dar al traste con su empresa, tuvo el talento de hacer reír á la nacion durante muchos años á costa de los gobernantes, sin dar nunca motivo, ni aun pretexto, para una denuncia. Empleaba las personalidades que más podían herir el amor propio, salvando maravillosamente los inconvenientes legales. Hacia sátiras, pero verdaderas sátiras, ricas de conceptos epigramáticos, de ocurrencias felices, de citas históricas en que desde luego manifestó una instruccion que no es común entre nuestros escritores, y manejando siempre la lengua castellana con tanta soltura como maestría. En una palabra, Fray Gerundio tiene excelentes dotes, y

pertenece en su género á la primera categoría de los autores contemporáneos.

Al fin, este periodista sucumbió, obedeciendo, como todas las cosas de este mundo, á la dura ley de la decadencia que sigue al apogeo. Pudo burlarse muchos años impunemente del género humano, pero empleó un día su sátira contra el general Prim, que entonces solo era coronel, y no creo necesario referir la ocurrencia que tuvo lugar entre el señor Prim y Fray Gerundio. Solo diré que en la tal ocurrencia observo yo dos cosas sumamente raras: la primera es que si bien la personalidad empleada contra el señor Prim era por todos conceptos fea é indigna del talento de Fray Gerundio, no me sé explicar cómo el ofendido recurrió al medio que todos sabemos para vengar un agravio que podia haber mirado con la mayor indiferencia. El general Prim es uno de los caballeros más completos que yo conozco; bravo como los más esforzados guerreros de Cataluña su patria, se distingue particularmente por una amabilidad de las más delicadas, por un trato que puede llamarse aristocrático, sin dejar de ser popular, y sobre todo por un corazón que tiene algo de virginal. Incapaz de odios ni resentimientos, está siempre dispuesto á dispensar un favor á sus enemigos, lo mismo que á sus amigos; quiero decir á los que le han ofendido, porque el señor Prim es justamente uno de los hombres que no pueden tener enemigos personales. Ahora bien, para que el general Prim se exaltase hasta el extremo de acometer en la calle al señor Lafuente, es preciso que cayese en el lazo que sin duda le tendieron hombres más interesados que él en la ruina de Fray Gerundio. La opinion pública señaló por entonces con el dedo á ciertos literatos que no carecían de talento, pero que no tenían la fortuna de agradar al pueblo tanto como el periodista satírico que estaba en voga, y yo me inclino á creer que ellos fueron los que excitaron al general á un acto en que sin saberlo servía más á la envidia agra que á la satisfaccion de un ultraje personal.

La otra rareza que yo encuentro en la mencionada ocurrencia, es el objeto moral que produjo. El periódico que antes gustaba tanto, empezó á decaer, no porque el redactor tuviese ménos gracia, sino porque perdió casi todas las simpatías. El pueblo volvió la espalda al escritor, porque el pueblo, que no exige dotes literarias á los héroes, tiene el singular capricho de exigir hazañas heroicas á los escritores: por eso, sin duda, cesó aquel papel, que su redactor habia sostenido con admirable talento, tino y gracia, durante tantos años, pudiendo decirse que solo con tocar el señor Prim al señor Lafuente, mató á Fray Gerundio.

Más tarde publicó el señor Lafuente otro periódico, con el título de *Teatro social*, y luego resucitó el Fray Gerundio, dando siempre muestras de su ingenio rico y fecundo; pero ya no pudo alcanzar el éxito moral ni material de su primera época. Sin embargo, un escritor de verdadero talento tiene siempre recursos para recomendar al público, y el señor Lafuente, que reúne la instruccion al talento, debia con justicia llamar nuevamente la atención. Dedicado hace algunos años á escribir una *Historia de España* que está publicando, há sabido demostrar que el periodista satírico, tan celebrado por su estilo ligero y sus chistes de circunstancias, es capaz de escribir obras muy serias en el tono grave que su importancia reclama. En efecto, el señor Lafuente ha logrado como historiador los elogios que mereció como periodista; su obra es apreciable, no solo como un monumento que ha levantado á la gloria de su patria, sino como trabajo el más concienzudo que en su género tiene la nacion española. Yo felicito al señor Lafuente, que con su reciente publicacion ha probado lo que sabe hacer un autor satírico cuando quiere dedicar su talento á obras serias, y á los que, aunque tarde, han recompensado dignamente sus tareas, dándole entrada en la Academia española.

J. M. VILLERAS.

## Historia de la semana.

Es costumbre inveterada en los parisienses el salir á tomar un poco el aire del campo en la estacion que se llama aquí verano, como en todas partes, pero que suele no tener de verano más que el nombre. Hay quien se marcha, como ya saben nuestros lectores, á los baños aristocráticos de Spa, Homburgo, Baden y otros puntos más ó ménos privilegiados; otros se retiran á sus posesiones en las provincias, y por último, aquellos que por sus ocupaciones ó su falta de medios para seguir el rumbo de los altos personajes, se ven obligados á no separarse de París á más distancia de la que alcanza el ómnibus, acuden á disfrutar de la frescura y verdor de los alrededores de la capital, regados con el vinillo tinto de las barreras.

Pero es también costumbre entre los buenos habitantes de la capital, el no desperdiciar ninguna cosa que pueda traer algun provecho, y así sucede que muchas de las personas que van á viajar dos ó tres meses, alquilan sus habitaciones amuebladas de París por todo el tiempo que duran sus excursiones. En el día que las casas valen tan caras, estos sub-arriendos pagan los gastos de las correrías veraniegas.

He aquí una anécdota bastante curiosa ocurrida con aquel motivo, que nos suministra hoy la crónica de la semana:

Un jóven, á quien llamaremos Fernando, vino en el mes de junio á París, de donde habia estado ausente durante largo tiempo á consecuencia de varios acontecimientos que le habian obligado á expatriarse para reparar sus pérdidas de fortuna. Venia á Francia con el fin de recoger una herencia, y habia



pensado pasar en París solo dos ó tres meses, porque se hallaba indeciso todavía sobre el punto en que fijaría su residencia.

Mientras tomaba una determinación definitiva con respecto á esto, Fernando buscó un cuarto amueblado, que encontró bien luego, con todas las condiciones que apetecía, bien situado, y no de mucho precio.

El portero le dijo que la persona que habitaba aquel aposento se hallaba ausente, y había dado orden para alquilarle hasta mediados de octubre. Fernando preguntó quién era esa persona, pero el portero lo ignoraba, pues acababa de entrar en funciones hacía cuatro días, y obraba en consecuencia de las instrucciones que su predecesor le había dejado.

Fernando se instaló al punto, sin otras noticias, pues solo la curiosidad le había movido entonces á preguntar aquello.

Visitando despacio las cuatro piezas que había alquilado, notó que estaban amuebladas con un gusto perfecto; la salita se hallaba adornada con bonitos cuadros; encima del piano se veían cuadernos de música selecta, y los libros que brillaban en el estante, eran todos de los más escogidos. Pero lo que sobre todo llamó su atención, fué la alcoba, cuyos muebles, así como el suave perfume que se respiraba en ella, le dieron á conocer que se hallaba en una habitación femenina.

Fernando tenía treinta años, y se conservaba soltero; en su juventud había sido algún tanto disipador, pero la necesidad de trabajar, así como las inclinaciones naturales de su carácter, habían vencido aquellos malos hábitos.

El enigma de adivinar quien era la mujer que allí vivía, despertó la curiosidad de Fernando, que se propuso apelar á todos los recursos de su penetración, para descubrir aquel secreto que sin saber porqué, comenzaba á interesarle.

— La mujer que vive aquí no es una mujer cualquiera, se dijo para sí, porque el vulgo de las mujeres no conoce este gusto elegante, en medio de esta sencillez distinguida y exquisita. Pero ahora lo que interesa saber es, si está casada ó no, si es joven ó vieja.

Vieja era imposible; aquel suave perfume que reinaba en la casa no era propio sino de la primavera de la vida; además, la música que había sobre el piano exigía una voz fresca, y el timbre penetrante de una garganta juvenil.

En cuanto al marido, nada indicaba en los aposentos que allí pudiera haber un hombre; pero entonces, ¿cómo explicar la soledad de una mujer joven y rica, pues todo aquello denotaba también bastante fortuna?

Quizás sería contra-hecha, y por eso no había hallado aun quien la quisiera; esta idea incomodaba mucho á Fernando, que se empeñaba ya en creer en la belleza de la desconocida.

Registrando una bonita alacena que había en la alcoba, halló diferentes objetos que aclararon sus dudas; vió un cinturón que debía abarcar un talle muy fino; una papalina, entre cuyos encajes descubrió un cabello rubio, y unas babuchas donde no podía haber un pie de mayores dimensiones que los que produce nuestra Andalucía; con tales descubrimientos, habría sido una temeridad inexcusable el conservar por más tiempo temores sobre su hermosura.

Fernando vió, además, que los libros que leía la desconocida eran precisamente sus autores favoritos, los poetas que le merecían á él mayor aprecio, de modo que aquella mujer, además de ser hermosa, tenía mucha nobleza de pensamientos, y un corazón elevado y tierno.

A fuerza de pensar siempre en la misma cosa, Fernando llegó á enamorarse locamente de aquella mujer, que no había visto sino en su imaginación, y concluyó por hacerse á solas este razonamiento:

— La que aquí habita es una mujer joven y hermosa, dotada de todo lo que á mí me gusta; cabellos rubios, cintura delicada y pies pequeños; toca el piano y lee versos; nuestros gustos y sentimientos son los mismos; es la mujer que me conviene, y debo casarme con ella.

— ¿Pero, y si no está libre? Esta duda emponzoñaba todas sus esperanzas. Por fin, á fuerza de averiguaciones pudo saber que su hermosa desconocida se llamaba Matilde, y que había ido á tomar los baños á Homburgo.

Este descubrimiento le llevó inmediatamente al camino de hierro en la misma dirección, pero sucedió que al otro día de su salida, Matilde entraba por la puerta de su casa.

Matilde tenía veinticinco años, y había hecho un malísimo casamiento. Su marido la había abandonado, y ella se había conservado pura y virtuosa en su aislamiento; pero habiéndose quedado viuda de repente, causada de la vida que llevaba, quiso salir de París para retirarse á vivir en el pueblo donde había nacido, tanto más cuanto que su marido había dejado muy comprometida su fortuna. Su vuelta á París tenía por objeto la venta de sus muebles, y el arreglo definitivo de todos sus asuntos.

Por eso se incomodó en sumo grado cuando supo que su cuarto estaba alquilado hasta octubre, como ella dispuestó, y que su inquilino se había marchado el día ántes, diciendo que luego volvería.

Matilde, sin embargo, subió á su casa con una amiga que la acompañaba, para tomar diferentes cosas que necesitaba.

— ¡Ay! decía suspirando la joven viuda, ¿qué desorden voy á encontrar en todas mis cosas! ¡yo que lo tenía todo tan bien arreglado!

— Eso era de esperar, viniendo un hombre á vivir en tu casa.

— ¿Y quién será ese hombre? Me han dicho que es un viajero, de modo que habrá hecho aquí todo lo que se hace en una fonda; habrá estado fumando todo el día en mi sala; nos vamos á ahogar con el olor del cigarro.

— Lo que es por mí no tengas cuidado; mi marido fama todo el día.

Entraron en el cuarto, y Matilde se quedó sorprendida al ver el orden que reinaba en todas las cosas.

— Enriqueta, dijo á su amiga, todo está como yo lo dejé; se diría que yo no había salido.

— Y no huele á tabaco; sin duda ese caballero no fuma; pero en cambio toca el piano, y canta cosas de Lucia.

— Sí; él es quien ha abierto el piano, y quien ha puesto aquí esta música.

— Además, ha inundado la casa de ramilletes de flores; debe ser un joven, no hay remedio.

— ¿Te parece á tí?

— ¿Quieres que nos informemos?

— ¡Enriqueta!

— Déjame; yo sabré salir adelante sin comprometerte.

En aquel momento entraba justamente la portera cargada de flores.

— ¡Ah! señoras, permítanme Vds. que las incomode, pero el caballero que vive aquí me ha encargado que renueve los ramilletes.

— ¡Cómo! ese viejo inquilino....

— ¡Viejo! no tal, al contrario, es muy joven.

— Creí que me había Vd. dicho que era viejo; poco importa que sea un viejo, ó que sea un hermoso joven.

— Hermoso, sí lo es, y moreno.

— No la he preguntado á Vd. si es moreno ó rubio, de modo que hace Vd. mal en entrar en tales pormenores.

La portera salió del cuarto.

— Lo ves, querida Matilde, repuso alegremente Enriqueta; es joven, hermoso y moreno. Estoy segura de que es un hombre que encanta; para mí es indiferente, pero para tí que eres viuda, es otra cosa.

— ¡Qué loca eres, Enriqueta!

— Como quieras; pero ¿qué estás mirando?

— Estoy mirando que ha leído mis libros, porque se me olvidó cerrar el estante.

— ¡Vaya! apostaría á que ese señor está enamorado.

— Tú siempre estás de broma, dijo Matilde sonrojándose.

Las dos amigas volvieron los días siguientes, y descubrieron en el escritorio un manuscrito que contenía las impresiones de viaje, y la narración de las aventuras del viajero: eran unas memorias dirigidas á un amigo, como lo decían las primeras líneas que se leían al frente de la portada:

« Este libro es para tí solo, amigo mio; voy á hablarte el lenguaje del corazón con entera franqueza, y en estas páginas hallarás una confesión general desde mis primeros años hasta el momento en que te escribo. »

— No podemos leer eso, Enriqueta, exclamó Matilde.

— Tú, en efecto, no debes leerlo.

— Pues bien, dejémoslo en donde estaba.

— Mira, harémos una cosa, yo seré la indiscreta; yo leeré, y tú te contentarás con escucharme; así se acabarán tus escrúpulos.

Las dos amigas leyeron con la mayor avidez aquel escrito en que un hombre descubría sencillamente sus pensamientos y sus acciones todas, sin ningún rodeo, y lo leyeron conmovidas y enternecidas, unas veces con la sonrisa en los labios, otras con las lágrimas en los ojos.

— He aquí un hombre digno de ser amado, decía Enriqueta.

Matilde guardaba un silencio más elocuente que todas las palabras de su amiga.

— ¿Qué dices del tal hombre, Matilde?

— Digo, Enriqueta, que ese joven es digno de todo lo que tú quieras, y que por mi parte no volveré á poner los pies aquí; me marcharé sin verle.

— ¿Y porqué?

— Porque no quiero amarle.

— ¿De veras?

— Sí, de veras; con mi primer marido he tenido ya lo suficiente para toda mi vida.

— ¿Y si no fuera tiempo ya?

— ¿Qué es lo que dices?

— Digo que viene gente.

— No puede ser....

— ¡Si fuera él!....

En efecto, él era. Fernando, á pesar de que se encontró con las dos mujeres, ambas jóvenes, ambas hermosas, no titubeó un instante, y exclamó dirigiéndose á Matilde:

— Salí de aquí para buscar á Vd., y vengo á encontrarla en mi casa, ó por mejor decir en la suya.

— ¿Caballero?....

— Sí, aquí está Vd. tal como yo la había visto....

El lector adivinará fácilmente el desenlace de esta verídica historia; las personas libres que se aman bien, aquí, como en todas partes, se casan, y esto es precisamente lo que han hecho Matilde y Fernando.

La relación de estos simpáticos amores está en manos de un autor dramático, que piensa convertirla en comedia con este título: *Ausentarse y alquilar la casa.*

MARIANO URRABIETA.

París 20 de agosto de 1853.

## EL ALBUM DE LA MOLDO-VALAQUIA.

Artículo quinto.

LA POSTA.

Tradiciones antiguas han constituido á los *hospodars*, en el seno mismo de la Moldo-Valaquia, en informantes natos de los sultanes de Constantinopla, y esto bajo pena de muerte.

Príncipes cristianos vasallos de los emperadores turcos y muchas veces salidos de la misma sangre imperial, habían contraído, desde el momento de su investidura, la obligación de tener al sultán al corriente de los menores actos de los pueblos cristianos, arriesgando la vida en la inobservancia de esta ley.

Este sentimiento de obediencia pasiva, nació en el seno de una sociedad inteligente y ligera, fundado en

un terror fácil de comprender, había de muchos siglos á esta parte creado costumbres muy particulares de investigación, respecto á la conducta pública y privada de todos los monarcas cristianos.

Estas tradiciones se conservan todavía en los principados del Danubio. Ciertamente puede decirse que con el tiempo ha cambiado su carácter, pero así los medios como los resultados han permanecido. El procedimiento empleado por los *hospodars* es muy sencillo. Príncipes muy ricos y por lo regular muy generosos, derraman el oro á manos llenas por todas partes y en favor de todas las personas que desde los principales puntos de Europa quieren darles en cambio las noticias más secretas y confidenciales.

Diez y siete príncipes *phanariotes*, reinantes en Valaquia ó Moldavia, sorprendidos por la Puerta en flagrante delito de ignorancia respecto á la política cristiana, pagaron con sus cabezas su descuido.

La información á cualquier precio llegó á ser de tal modo una condición de su existencia política, y aun de su existencia material, que el primer cuidado del gobierno, después de organizar su costosa policía exterior, recayó en el perfeccionamiento de su administración de postas; siendo siempre el primero y principal ministro el encargado del ramo de correos. Esta circunstancia explica la admiración que causa en aquel país á los extranjeros el ver la rapidez, economía y facilidad de las comunicaciones á pesar de las dificultades acumuladas que estas comunicaciones encuentran.

El aldeano valaco, por ejemplo, el ser más apático y dormilón, luego que está á caballo, se convierte en el postillon más diestro ó intrépido del mundo.

Casi siempre mal vestido, montando un caballo mal enjaezado, muchas veces sin estribos ó sin silla, teniendo que atravesar las *Stepas* ó las grandes montañas, no solo impracticables, sino desprovistas de morada humana donde hallar descanso, viaja como el viento hasta llegar á su destino. Entonces lleva consigo el boletín de las operaciones de los cristianos contra los turcos, y de su actividad depende la vida de su príncipe, que es vasallo del sultán. Por eso llega á su destino, y llega sin fatiga, como había empezado á caminar, reconocido siempre á la más pobre recompensa.

Yo he corrido durante mi vida más de 40,000 leguas en posta, y creo que no hay en el mundo mejores postillones que los moldo-valacos. El viajero más indiferente y perezoso se transforma en andadoso y activo al ver la destreza, la rapidez y la alegría que manifiesta el postillon moldo-valaco. Semejante á los zagales españoles, anima continuamente con la voz á sus caballos. Menos poético, sin embargo, que los andaluces, se parece á los catalanes en sus juramentos. ¡Jura! pero ¿cómo? de una manera capaz de hacer temblar á todos los ecos de los alrededores.

Un día que algunos postillones valacos tenían el honor de conducir al actual arzobispo metropolitano, el carruaje se atrancó en un camino pantanoso. Los zagales que enmudecieron completamente, porque la presencia del ilustre prelado les impedía recurrir á su acostumbrado vocabulario, declararon al fin al arzobispo que se declaraban impotentes para sacar el carro de allí. Era preciso andar algunas leguas para buscar el necesario auxilio, por lo cual convinieron en hablar al ilustre viajero con franqueza, diciéndole que si les daba permiso para jurar, respondían de sacar el carruaje del atolladero. «No hay inconveniente, dijo el arzobispo; yo me taparé las orejas.» Inmediatamente empezó una granizada de palabras, cuya reproducción no podemos permitirnos: los caballos huyeron como ante una lluvia de rayos, y el coche salió del pantano, triunfante como el carro del sol.

## LOS CONSULES EXTRANJEROS EN BUCHAREST.

Si la importancia de los funcionarios públicos se ha de juzgar por sus muchas atribuciones, puede decirse que no hay empleados más ocupados, y por consiguiente más importantes, que los agentes y cónsules de los principados del Danubio.

Colocados en un terreno no explotado aun, encargados de negocios políticos graves y delicados, necesitan probar el talento de los más hábiles embajadores. El derecho internacional conocido bajo el nombre de *capitulaciones* existe en la Moldo-Valaquia como en las extremidades asiáticas ó africanas del imperio otomano, así los cónsules extranjeros están en posesión de una autoridad que arregla cada una de las fases municipales, sociales, judiciales y políticas de la vida pública de sus compatriotas.

El agente consular de la Francia, por ejemplo, además de los deberes que le imponen las funciones diplomáticas, suele ser á un tiempo alcalde, notario, juez de paz, magistrado, procurador general, etc., todo lo que puede ser en fin, para representar á cada momento su cualidad de juez ó de protector.

Las atribuciones de sus colegas de Austria y Rusia se complian además por la distribución en sus domicilios de una cantidad incalculable de palos con que suelen castigar á sus súbditos.

Así es grande el asombro de los franceses cuando á los diez días de haber abandonado á París, ufanos de su libertad é independencia y no sospechando la existencia de las capitulaciones, se encuentran, sin más que sentar el pie en los estados del gran Señor, regidos por la misma jurisdicción excepcional que existía en los tiempos de Francisco I ó de Enrique IV.

Dirémos aquí en pocas palabras en que consisten esas capitulaciones de las potencias con la Puerta Otomana.





Un relevo de caballos de la posta, en Moldo-Valaquia.

Estas capitulaciones se refieren á tres puntos principales: el protectorado religioso del pabellon, los derechos de los comerciantes, las atribuciones judiciales de los agentes relativamente á los compatriotas. En este último concepto pueden prender y enviar atado codo con codo á su patria á cualquier ciudadano de ella que se halle perseguido por la ley. Así algunos criminales, errantes, creyendo hallar un sagrado en la Moldo-Valaquia, se han llevado un gran chasco, siendo cogidos y embarcados para sus respectivas naciones.

LA FIESTA DE LOS OBREROS FRANCESES EN UN MONTE DE LA VALAQUIA.

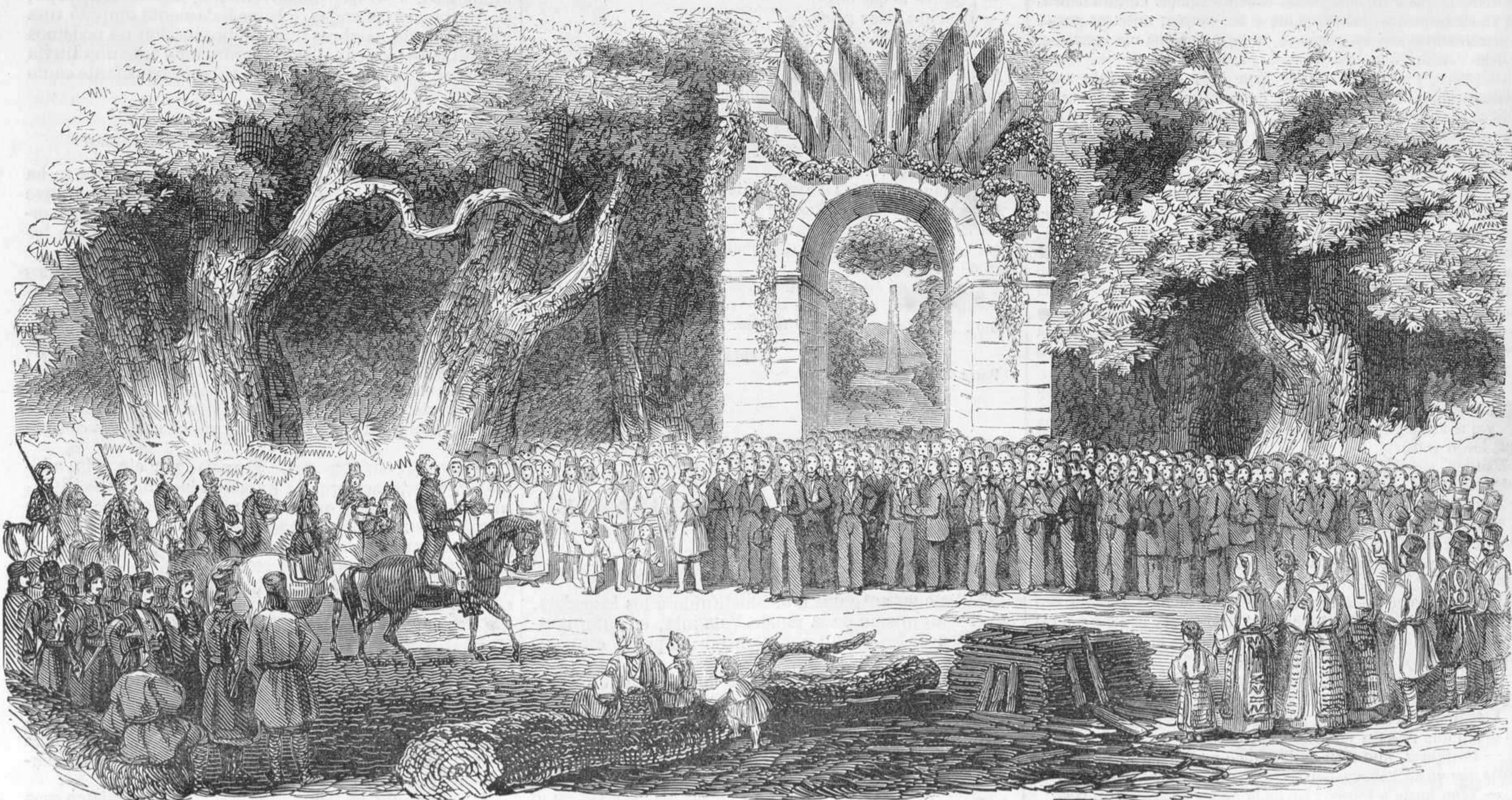
Por los términos en que están concebidas las capitulaciones de la Francia con la Puerta Otomana, los obreros franceses de cualquier industria y condicion que sean, pueden en poco tiempo hacer fortuna en la Moldo-Valaquia; y esto se ex-



Un cónsul general extranjero en Bucharest.

plica además por la falta de brazos que hay en aquel país tan vasto, tan rico, que en montes, tierras buenas para la siembra y viñado, posee inmensos tesoros.

El viaje es fácil, siempre caminando en ferro-carril ó buque de vapor, la lengua del país tiene afinidades con todas las lenguas latinas, y los artículos de primera necesidad son excesivamente baratos, por ejemplo, la libra de carne á seis maravedís, á ménos de un maravedí la botella de vino, y á seis ú ocho cuartos la gallina. Por esta razon los franceses naturalmente activos y vividores llegan á hacer fortuna en aquel país donde gastan poco, ganando el que ménos diez francos diarios. Uno de los grabados que damos, representa una fiesta de los obreros franceses en uno de los montes de la Moldo-Valaquia de donde en unos cuatro años han sacado al precio de cinco francos cada una, sobre 120,000 encinas vendidas en los mercados de Burdeos á razon de mas de 30 francos.



La fiesta de los obreros franceses en un bosque moldo-valaco.





Los pastores de la Transilvania.



La fiesta de Navidad en Bucharest.

LOS PASTORES DE LA TRANSILVANIA.

Las más antiguas tradiciones de la vida agrícola y pastoral de los germanos, tradiciones que hallaron con frecuencia su aplicación y existencia en las victorias de los alemanes contra los turcos, conducen cada año á los principados moldo-valacos inmensas pearingas de ganado del Sud de Alemania, siendo los pastores que las conducen conocidos allí bajo el nombre de *Moc-lans*, juntamente con los cazadores de Tama-deo, los únicos seres humanos que habitan las grandes *Stepas* de que ya hemos hablado. Sus costumbres y sus instintos les crean infinitas afinidades con los cosacos del Don y de la Ukrania.

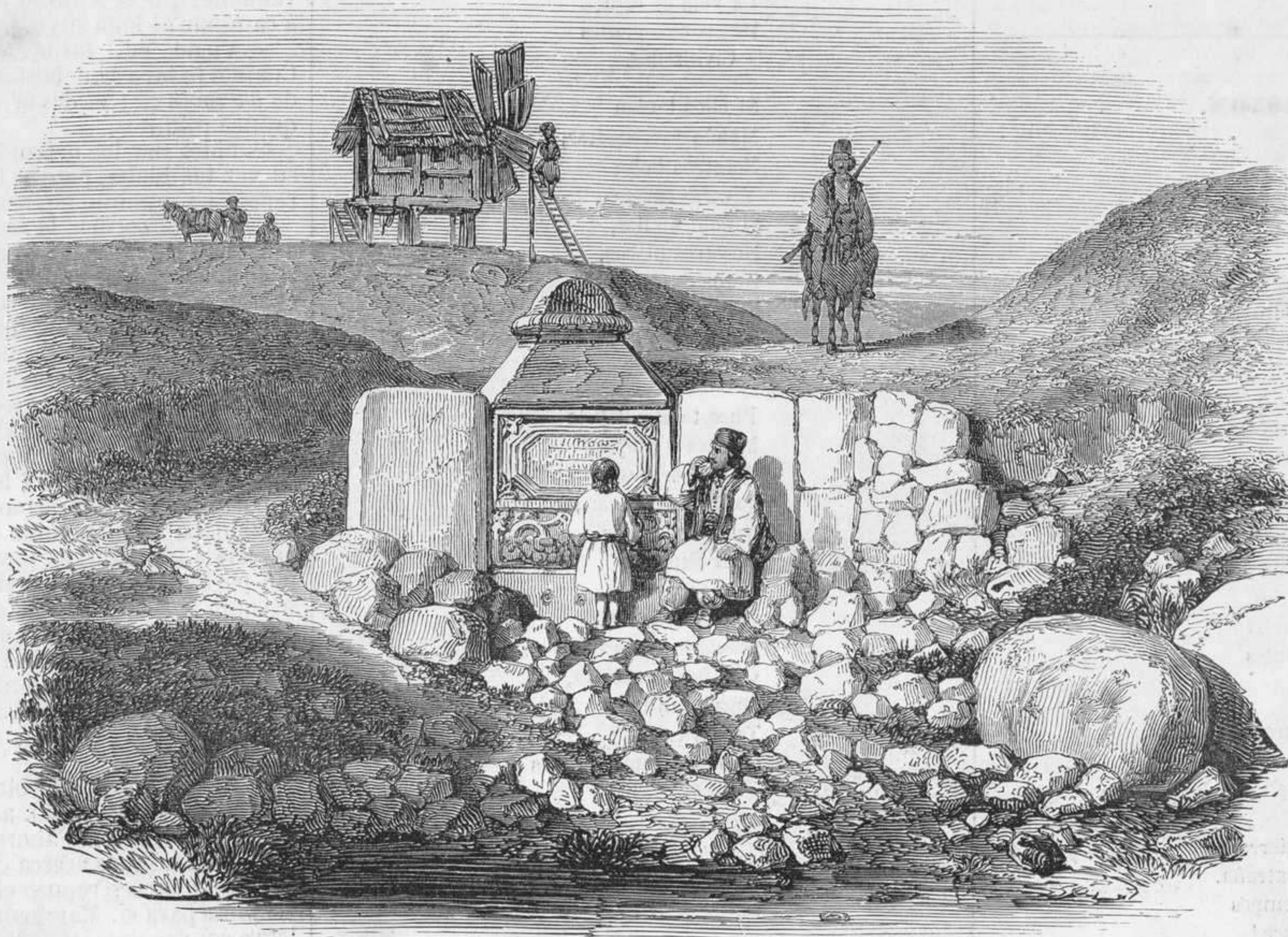
El ejército austriaco recluta entre estos pastores excelentes soldados de caballería ligera, y la historia revolucionaria habla de ellos en una de sus páginas más sangrientas. Uno de estos hombres cometió en el siglo pasado contra uno de los plenipotenciarios de la república francesa uno de los atentados

mas horribles de que hay memoria. En 1845 uno de dichos pastores, hallándose gravemente enfermo, manifestó deseos de hablar al cónsul de Austria, que no

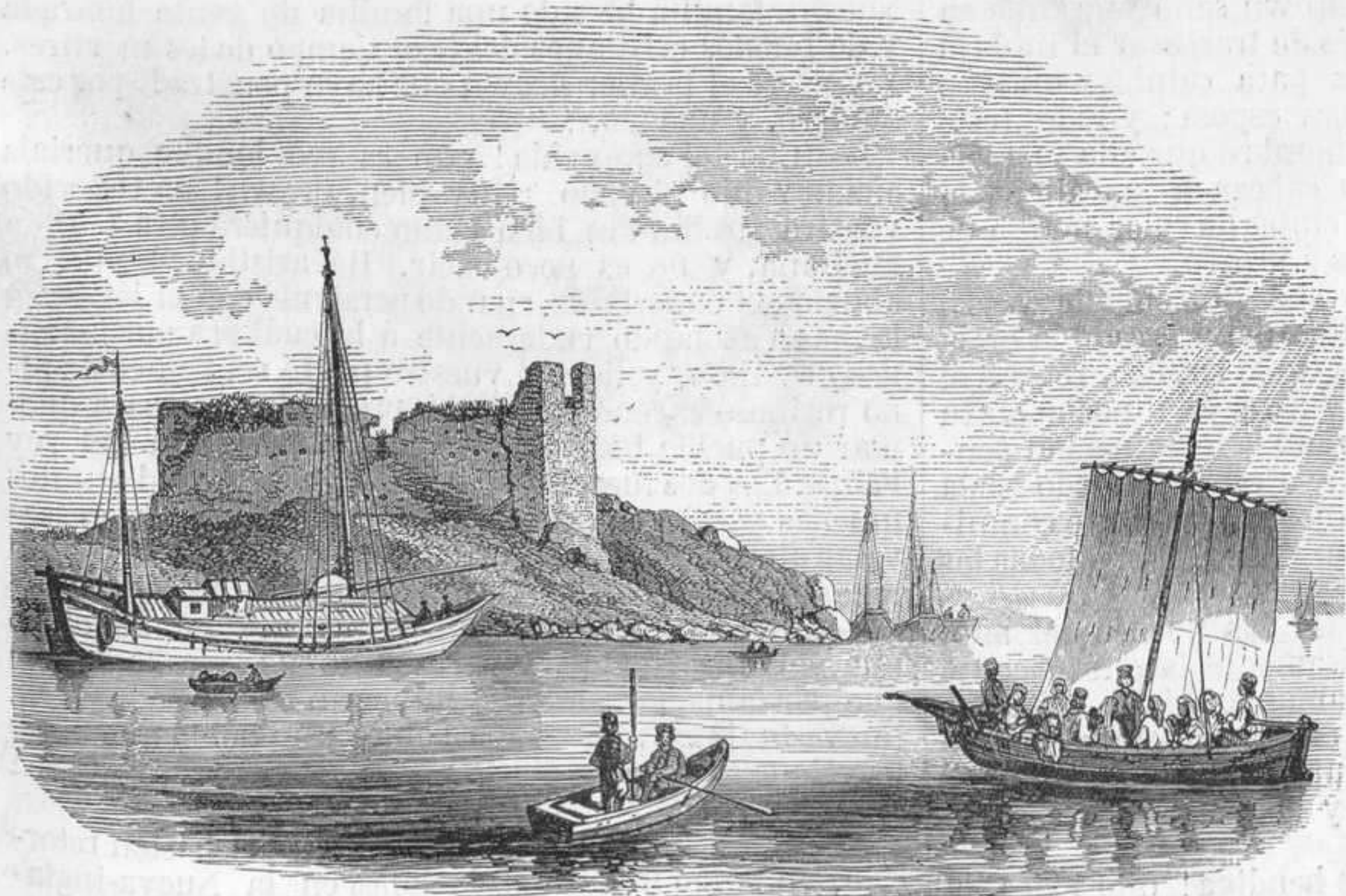
dudó en presentarse en casa del moribundo. ¿Qué tenía que decir aquel hombre? Sin duda mis lectores lo han adivinado ya. En medio de un diluvio de lágrimas amargas, obligado á detenerse á cada instante por los sollozos, el viejo húsar de la Transilvania quiso descargar su conciencia del peso que durante mucho tiempo la habia oprimido, y declaró al cabo de cincuenta años, que él habia sido el asesino del desgraciado Roberjot!....

Las costumbres de estos hombres son casi salvajes. Algunos de ellos, metidos desde niños entre el ganado, no han conocido en su vida más techo que la bóveda del cielo, ni más reloj que el sol y las estrellas, ni más vestido que las pieles de los carneros, ni más cama que la tierra.

No habiendo participado de ninguno de los cambios producidos por el tiempo, la civilización ó la industria, podría tomárseles por romanos del tiempo de Trajano, tales como se les conoció en aquellos países hace cerca de dos mil años. Renunciamos en fin á continuar la pintura de



Molino y fuente en el canal de Kustendgé.



Ruinas del fuerte de San Jorge en Giurgevo.



Puerto de Ilraila, en Valaquia.



aquellos séres degradados que repugnaria á nuestros lectores.

GIURGEWO.

Esta ciudad de Valaquia es una de las fortalezas turcas conservadas desde tiempos muy remotos por los tratados de los musulmanes con los valacos, y toma su nombre de un fuerte construido en otro tiempo por los navegantes genoveses en honor de S. Jorje, *Santo Giorgio*... nombre de que los turcos hicieron luego *Giurgio*, y despues *Giurgewo*.

Hállanse á cada paso vestigios de dichos navegantes en todos aquellos mares, y hasta en los grandes rios del Levante: algunos de ellos desde las orillas del Danubio pasaron al libro de oro de la nobleza moldo-valaca. Conocedores de las antiguas tradiciones marítimas, supieron desafiar los peligros del mar Negro con un valor que no se encuentra en los comerciantes del dia; y esto consiste en que en los siglos XII y XIII los intereses mercantiles reposaban sobre bases provechosas para las clases humildes, que la política actual no se avergüenza de haber perdido enteramente.

Pero concluyamos. Giurgewo es uno de los principales puntos de la Valaquia. El movimiento de los vapores del Mediterráneo y del Danubio, ha hecho de la mencionada ciudad la escala valaca mas visitada de los viajeros. Y lo será cada vez mas. Sabido es que los húngaros no tendrían la importancia que hoy tienen si sus capitales Presburgo y Pesth no estuviesen situadas en las orillas del Danubio, que es el gran camino del Occidente al Oriente. De la misma manera los moldo-valacos, siguiendo en esta parte el ejemplo de los húngaros deben atraer á los viajeros europeos que hasta ahora parecen indiferentes, relativamente á aquellos hermosos paisés, y el dia que lo consigan... ese dia la capital de la Moldavia será Galacz, y la de los valacos Giurgewo.

P. B.

### CIVILIZACION.

—  
Cuando traian  
Acá en España  
Briales ellas  
Y ellos espada  
Diz que esa Europa,  
Ora tan braba,  
De tamañita  
Ni rechistaba.  
¡Qué de doblones,  
Lides y hazañas!...  
¡Bárbaros tiempos!  
¡Bárbara raza!  
¿Quién no se alegra  
De que pasaran?  
Mudos quedamos,  
Pero en revancha  
Hoy somos gentes  
Civilizadas.

Por su apostura,  
Grave y gallarda,  
El buen hidalgo,  
Se revelaba,  
Tanto en su tierra  
Como en la extraña.  
¡Oh, bobos tiempos  
De doña Urraca!  
Hoy, ya mas sabios,  
Fuera ó en casa,  
Cada cual luce  
Su aire de Estrangia.  
Hoy somos gentes  
Civilizadas.

« Antes que vida,  
» Honra y palabra;  
» Piérdase el hijo,  
» Viva la patria. » —  
¡Qué bravos cuentos  
Esos de marras!  
Venga el gran turco,  
Muestre una blanca,  
Y el cirujano  
Se hincha de plata.  
Hoy somos gentes  
Civilizadas.

Con su mal sayo  
U otra opalanda,  
Por línea recta  
Tal vez lograda,  
Nuestras Lucrecias  
Víanse honradas.  
Y hoy que un prendido  
Cuesta una casa,

Solo ellas saben  
Como las tratan.  
Hoy somos gentes  
Civilizadas.

« Orden en todo,  
» Llenezza franca,  
» Rosario y misa,  
» Colacion parca;  
» Poco embeleco  
» Muchas azadas, » —  
Decian ellos  
Con real cachaza.  
¡Qué pobres bobos!  
¡Qué pataratas!  
Mi Dios, mi bolsa,  
Mi rey, mi patria.  
Hoy somos gentes  
Civilizadas.

Sin que los chicos  
Recio lo ballaran,  
Señores padres  
Me los casaban,  
No por la hacienda,  
Sí por la fama,  
Y ellos vivian  
Mas que patriarcas;  
Hoy ya no se usa  
Tanta ignorancia.  
¿Trae aparejo?  
Métola en casa,  
Y mas que venga  
Sambenitada.  
Oros son triunfos,  
La vida es cara,  
Hoy somos gentes  
Civilizadas.

Si ellos tenían  
Mando y escuadras,  
Nosotros bolsa  
Y otras cosazas,  
Si doblas ellos,  
Nosotros placas,  
Heróicos eran,  
Nosotros máscaras.  
Hoy somos gentes  
Civilizadas.

Pues te han dejado  
Montes y playas,  
Que á ser posible  
Tambien llevaran;  
No te acongojes  
Feliz España;  
Rie y mas rie,  
Repica y danza,  
Cuando esa Europa  
Que fué tu esclava,  
Diga al mirarte  
Tan su criada:  
« He aquí unas gentes  
Civilizadas.

JUAN DE SALDUBA.

### Una noche de Aquelarre.

NOVELA AMERICANA, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

Al ponerse el sol, el jóven Brown salió á la calle en el pueblo de Salem; pero ántes de traspasar el umbral de su puerta, volvió la cabeza para cambiar un beso de despedida con su encantadora esposa; y Fides (este era el nombre de su mujer, nombre que ella merecia bien), Fides sacó su preciosa cabeza á la calle, y el viento se puso á jugar con las cintas de color de rosa de su cofia, miéntras que llamaba á Brown.

— Querido mio, murmuró ella dulcemente y casi con tristeza, cuando su marido hubo acercado la oreja á sus labios, mi querido amigo, te lo suplico, retrasa el viaje hasta la salida del sol, y pasa esta noche en tu lecho. ¡A una mujer sola le turban la imaginacion pensamientos y sueños tales, que á veces tiene miedo hasta de sí misma! ¡Te lo suplico, hijo mio, quédate conmigo esta noche... esta noche con preferencia á todas las del año!

— Mi querida Fides, de todas las noches del año, replicó Brown, he aquí precisamente la que necesito pasar lejos de tí. Lo que tú llamas mi viaje, debe hacerse, con ida y vuelta, entre el ocaso y el nacimiento del sol. ¡Cómo! mi preciosa mujerita, ¿hace tres meses tan solo que estamos casados, y ya comenzarias á dudar de mí?

— En ese caso, ¡qué Dios te bendiga! dijo Fides, la de las cintas de color de rosa, ¡y ojalá encuentres todas las cosas como es debido á tu regreso!

— ¡Así sea! exclamó Brown. Reza tus devociones, querida Fides, y acuéstate al anochecer; de esa manera no te sucederá nada malo.

De este modo se separaron, y el jóven prosiguió su camino hasta que en el momento de volver la esquina del templo, echó una ojeada hácia atrás, y apercibió todavia la cabeza de Fides, que lo seguia con la vista. A pesar de sus cintas de color de rosa, tenia el aire melancólico.

— ¡Pobre Fides! pensó él, porque su corazon estaba conmovido. ¡Preciso es que yo sea un miserable para abandonarla con tal objeto! Ella tambien habla de sueños. Me ha parecido que tenia el aire inquieto cuando hablaba, como si la hubiera revelado un sueño la obra de esta noche. Pero no, no, ese pensamiento la mataría... ¡Ah! es un ángel de Dios en la tierra, y pasada esta noche, no me volveré á separar de ella, y la seguiré hasta el cielo.

Habiendo tomado esta excelente resolucion para el porvenir, Brown se creyó autorizado para apresurarse á ejecutar el mal designio que proseguia en aquel momento. Habia tomado un camino triste y lúgubre, sombreado por los árboles mas negros de la selva, árboles que parecia que se separaban ante él, lo bastante únicamente para dejarlo cruzar, cerrándose otra vez apenas habia pasado. El camino estaba enteramente desierto, y en aquella soledad habia esto de particular, que el viajero no podia ver lo que habia detrás de los troncos de los árboles y el espeso follaje, de modo que estando solo, podia suceder que atravesara por en medio de una muchedumbre invisible.

— Tal vez haya uno de esos diablos indios detrás de cada uno de estos árboles, se dijo el jóven Brown; despues, mirando hácia atrás con aire inquieto, añadió: Y no me extrañaria que el mismo diablo viniera detrás de mí.

Vuelta así la cabeza, llegó á un recodo del sendero, y habiendo mirado hácia adelante, apercibió, sentado al pié de un árbol, á un hombre vestido decorosa y gravemente, que se levantó á su aproximacion, y se puso á caminar al lado suyo.

— Viene Vd. tarde, Brown, dijo aquel hombre. Cuando pasaba por Boston, sonaba la hora en el reloj de *old south* (1); y desde entónces ya han transcurrido quince minutos.

— Fides me ha detenido un poco, replicó Brown; y su voz temblaba, porque le habia asustado la aparicion repentina, aunque no inesperada, de su compañero.

Ya estaba oscura la selva, sobre todo la parte que cruzaban nuestros dos individuos. Hasta donde era posible juzgar, el segundo viajero parecia de edad de cincuenta años, del mismo rango y condicion que Brown, y muy semejante á él, mas quizá por la expresion que por los rasgos de la fisonomia. Sea como quiera, hubieran podido ser tomados por padre é hijo. Aun cuando el mas viejo estaba vestido tan sencillamente, y sus modales eran tan naturales como los del jóven, tenia cierto no se qué de hombre de mundo, que no se turbaria de verse sentado á la mesa del gobernador, ó en la córte del rey Guillermo, si sus negocios lo hubieran exigido. Lo único notable que llevaba era su baston. Se parecia á una gran serpiente negra, y era de un trabajo tan particular, que se creia verla retorcerse y enroscarse como si fuera una serpiente viva. Pero el resplandor dudoso que reinaba en aquellos lugares debia sin duda contribuir mucho á esta ilusion óptica.

— ¡Vamos, vamos, Brown! exclamó su compañero de camino; ese paso es muy lánguido para un principio de viaje. Tome Vd. mi baston; si está Vd. fatigado.

— Amigo, replicó el otro, parándose del todo; yo he cumplido lo convenido, acudiendo á la cita; y mi intencion es volverme ahora al punto de donde he salido. Tengo escrúpulos acerca del asunto que sabes.

— ¿De veras? repuso el hombre de la serpiente sonriéndose para sí. Marchemos, pues, discutiendo, y si no logro convencerte, te volverás. Hasta ahora estamos poco internados en la selva.

— ¡Ya es demasiado! exclamó Brown, poniéndose en marcha máquinamente. Jamás ha entrado mi padre en la selva con semejante objeto, ni su padre tampoco. Nuestra familia ha sido una familia de gente honrada y de buenos cristianos desde el tiempo de los mártires. Y yo seré el primer Brown que haya penetrado por este sendero, y andado...

— ¡Con tal compañía! ¿no es eso lo que queriais añadir? dijo el viejo. ¡Muy bien, Brown! He conocido vuestra familia tan bien como cualquiera otra familia puritana, y no es poco decir. He asistido á vuestro abuelo el Condestable, cuando persiguió con el látigo en la mano azotando rudamente á la cuákara por las calles de Salem, y llevé á vuestro padre un tronco de pino recinso encendido en mi propio hogar, para quemar un pueblo indio en tiempo de la guerra del rey Felipe. Los dos fueron amigos míos, y hemos ido juntos muchas veces por este sendero, que volviamos á atravesar alegremente despues de media noche. Esta es la razon por la que deseo vuestra amistad.

— Siendo así, me extraña que nunca hayan dicho una palabra... ó por mejor decir, no me extraña, puesto que por la menor sospecha hubieran sido echados de la Nueva-Inglaterra. Nosotros somos un pueblo que ora y hace buenas obras tambien; pero no nos entregamos á tales perversidades.

— Perversidad ó no, dijo el viajero del baston retorcido, yo tengo muchas relaciones en la Nueva-Ingla-

(1) Literalmente « viejo mediodía. »



terra. Los diáconos de las iglesias han bebido el vino de la comunión conmigo; los elegidos de diversas ciudades me han hecho su presidente; en la cámara y el consejo, la mayoría sostiene con firmeza mis intereses... El gobierno mismo... pero esos son secretos de Estado.

— ¿Es posible? gritó Brown, mirando con terror á su impasible camarada. ¿Pero qué me importan ni el gobernador ni el consejo? ellos obran como mejor les parece, y no son modelos que debe seguir un simple trabajador como yo. Pero si fuera contigo, ¿cómo podría resistir la mirada del anciano ministro de Salem?... ¡Oh, su voz me haría temblar el domingo y el día de la plática!

Hasta entonces había escuchado el viajero con toda la gravedad conveniente; pero á este último argumento ya no pudo contenerse, y empezó á reírse tan estrepitosamente, que su baston se retorcia como él, como por un movimiento simpático.

— ¡Ha, ha, ha! exclamó muchas veces, pero calmándose después: Continúa, Brown, le dijo, solo te ruego que no me hagas morir de risa.

— ¡Bueno! para acabar de una vez, dijo Brown un poco irritado, todavía queda mi mujer Fides; esto la destrozaría el corazón, y yo preferiría destrozar el mio mismo.

— En ese caso, amigo Brown, haz lo que te parezca. Por veinte viejas, semejantes á la que anda renqueando allá delante de nosotros, no querría yo causar el menor disgusto á Fides.

Al mismo tiempo señalaba con el baston á una mujer, que reconoció Brown por una dama muy piadosa y ejemplar, que le había enseñado el catecismo en su infancia, y era todavía su consejero espiritual, juntamente con el ministro y el diácono Gookin.

— Me sorprende, dijo Brown, que la madre Cloyse se halle en tales parajes á estas horas. Pero con permiso vuestro, voy á rodear para dejar atrás á aquella buena cristiana; como no os conoce, podría preguntarme mañana con quien viajaba y á dónde iba.

— ¡Bien! hacedlo; yo seguiré el sendero. El jóven entró, por consiguiente, en la espesura, teniendo cuidado de no perder de vista á su compañero, que seguía silencioso el camino hasta que llegó á algunos pasos de la vieja dama. Esta trotaba lo mejor que podía, y con una rapidez singular atendida su edad, y al paso que andaba, iba murmurando palabras indistintas; tal vez una oración. El viajero levantó su baston, y con lo que parecía la cola de la serpiente tocó el cuello arrugado de la vieja.

— ¡El diablo! gritó la piadosa dama.  
— ¿La madre Cloyse reconoce, pues, á su antiguo amigo? preguntó el viajero mirándola á la cara, y apoyándose en su retorcido baston.

— ¿Es Vd. mismo, señor?... ¡Oh! sí, ciertamente, bajo las facciones de mi compadre Brown, abuelo del actual bienaventurado... ¿Creerá Vd. que el cabo de mi escoba ha desaparecido de una manera singular? Yo sospecho que me lo ha robado esa bruja de la madre Cory, y justamente cuando yo estaba untada de jugo de perejil, quincefolio y acónito.

— Mezclado con harina pura y un poco de grasa de niño recién-nacido, dijo el fantasma del viejo Brown.

— A fe mía, que conoce Vd. bien la receta, exclamó la vieja dama reprimiendo la risa. Como decía, pues, estando preparada para la reunion, y no teniendo caballo que montar, resolví ir á pié, porque me han dicho que esta noche se celebra la recepción de un jóven seductor. Ahora, sírvase Vd. darme el brazo, y llegaremos mas pronto.

— No es posible, replicó su amigo. No puedo darle á Vd. mi brazo, pero aquí tiene Vd. mi baston, si lo quiere.

A estas palabras, lo echó á los piés de la vieja, ó él quizá se animó, porque era una de las varas que su maestro había prestado en otros tiempos á los magos egipcios. Pero el jóven Brown no pudo ser testigo de esto. La sorpresa le había hecho levantar los ojos al cielo, y cuando los bajó, no vió ya á la madre Cloyse, ni el baston-serpiente, solo su compañero de viaje lo aguardaba con un aire tan tranquilo, como si no hubiera sucedido nada.

— ¡Esa vieja dama me ha enseñado el catecismo! dijo el jóven; y aquella frase era un libro entero, lleno de comentarios.

Continuaron su camino. El viejo lo exhortaba á perseverar y á avivar el paso, hablando con tal habilidad, que los argumentos que le hacia á Brown, le parecían á este que salían naturalmente de su propio corazón. Conforme iban andando, el viejo tronchó una rama de arce para que le sirviera de baston de camino, y se puso á quitarle las ramitas y las hojas humedecidas con el rocío de la noche. ¡Y cosa singular! conforme iban tocando su dedos las hojas, se secaban estas como si hubieran estado ocho días expuestas al sol. Caminaban á buen paso, cuando de repente, en un barranco sombrío que atravesaba el sendero, Brown se sentó en un tronco de árbol, y se negó á pasar mas adelante.

— Amigo, dijo con resolución, lo he pensado seriamente, y no pasaré de aquí con el objeto que sabeis. ¿Qué me importa que una viejuela prefiera darse al diablo, cuando yo creía que marchaba por el camino que guía al cielo? ¿Es esa una razón para que yo la siga y abandone á mi querida Fides?

— Pronto cambiaréis de opinion, replicó con calma su compañero. Descansad aquí un poco, y cuando estéis dispuesto para seguir el camino, tomad mi baston, y él os ayudará.

Sin añadir una palabra mas, echó á Brown su baston de arce, y desapareció tan repentinamente como si se hubiera fundido en la oscuridad creciente. El jóven permaneció sentado algun tiempo. Celebraba mucho el haberse separado de su compañero, y pensaba en la tranquilidad de conciencia con que vería al ministro en su paseo matutino, arrostrando sereno las miradas del buen diácono Gookin. ¡Y con qué pacífico y dulce sueño iba á dormir en los brazos de Fides, aquella noche que iba á pasar de un modo tan culpable! En medio de estas buenas y laudables reflexiones, Brown sintió pisadas de caballos, y tuvo por conveniente ocultarse en la selva para evitar toda pregunta acerca del proyecto criminal que lo había llevado á aquellos sitios, y al cual había renunciado con tanta satisfacción suya.

Entretanto el ruido de las pisadas de los caballos se aproximaba. Brown oía tambien voces... dos graves voces de ancianos. Caballos y ancianos pareció que pasaron por la senda á algunos pasos de distancia del escondite del jóven; pero, sin duda á causa de la oscuridad profunda que allí reinaba, no pudo ver ni á los viajeros, ni á sus cabalgaduras. Aunque rozasen las ramas que pendían sobre el sendero, no pudo verlos interceptar ni un solo instante la débil claridad que proyectaba la estrecha banda de cielo, bajo la cual debían haber pasado; Brown se tendía á lo largo unas veces, y se levantaba otras, separando el follaje, y alargando la cabeza, sin distinguir la mas ligera sombra. Esto le disgustaba tanto mas, cuanto que había reconocido las voces del ministro y del diácono Gookin hablando tranquilamente juntos, como tenían por costumbre, cuando se dirigían á celebrar órdenes, ú otras reuniones eclesiásticas. Mientras que estaban aun bastante inmediatos para ser oídos, uno de los ginetes se paró para cortar una varita.

— Si yo debiera elegir, señor, dijo la voz que semejaba á la del diácono, preferiría faltar á una comida de órdenes antes que á la reunion de esta noche. Dicen que habrá cofrades de Falmouth, y mas lejos, con otros del Connecticut y de Rhode-Island, como tambien muchos powows indios (1), que saben casi tantas diablerías como los mas hábiles de entre nosotros. Hay además la recepción de una jóven hermosa.

— ¡Qué buena fortuna, diácono Gookin! replicó la voz solemne del anciano ministro. Pero piquemos espuela, ó llegaremos tarde. Y ya sabeis que no se puede comenzar sin que yo esté presente.

Las herraduras de los caballos resonaron de nuevo, y las voces que decían cosas tan extrañas se perdieron en la inmensa selva, en que nunca se había reunido ninguna comunidad de cristianos, en que jamás ningún cristiano había dirigido al cielo una oración solitaria. ¿A dónde, pues, podían ir aquellos santos personajes por aquel desierto gentilicio? El jóven Brown se apoyó en el tronco de un árbol para no caer al suelo, abrumado bajo el peso de las incertidumbres que oprimían su corazón. Levantó los ojos, temiendo casi el no ver el cielo sobre su cabeza; pero la bóveda azul estaba allí; las estrellas centelleaban en el firmamento.

— ¡Con el cielo allá arriba, y Fides aquí abajo, resistiré al demonio, exclamó Brown.

(Se concluirá.)

### Sepulcro de Napoleon en los Inválidos.

El 12 de mayo de 1840, M. de Remusat, ministro del Interior en aquella época, anunció en la tribuna de la Cámara de Diputados, que el gobierno francés había llevado á cabo una negociación muy delicada y satisfactoria para el amor propio nacional, á saber: que el gobierno inglés consentía en entregar á la Francia los restos de Napoleon.

El príncipe de Joinville partió para Santa-Elena, y trajo, á los nueve meses, los ilustres despojos.

El féretro se depositó provisionalmente en la iglesia de los Inválidos, y se abrió un concurso para el plan y ejecución del sepulcro, votado por las cámaras. Todos los artistas fueron invitados á este certamen, en que salió vencedor M. Visconti.

« Examinemos, dice en la *Independencia belga* M. Lecomte, que ha visitado este monumento, que se ha abierto al público el 15, las condiciones morales y materiales en que colocó al arquitecto la ley de 10 de junio de 1840 para la construcción del monumento, y de qué manera ingeniosa y grande, filosófica y religiosa, triunfó M. Visconti de las dificultades que ofrecía el problema.

» La ley exigía que el sepulcro fuese colocado bajo la cúpula. Esta condicion expresa era causa de las primeras dificultades.

» La iglesia de los Inválidos tiene dos entradas, una al Mediodía y otra al Norte. La del Mediodía ofrece la fachada sobre la que se levanta la cúpula, y á la cual se llega por la plaza de Vauban. La otra entrada, la mas habitual, da al patio principal del edificio. ¿Hacia cuál de las dos entradas debía poner el arquitecto la fachada del sepulcro?

» Bajo la cúpula, en sus partes laterales, hay dos monumentos venerables: uno dedicado á Turenne, otro á Vauban: sus cenizas están depositadas allí en sepulcros que adornan figuras alegóricas de gran dimension. Estos monumentos llaman la atención, despiertan re-

cuerdos memorables, y se examinan con doble admiración por el arte y la gloria.

» ¿Se podría erigir entre estos dos monumentos una construcción que los superase por su grandeza, los eclipsara por sus adornos, y los venciera por la comparación?

» Otro inconveniente grave. Levantar el sepulcro del Emperador al nivel del suelo, era cubrir el altar. ¿Y no debe atraer el altar de una iglesia las primeras miradas? El anuncia que se está en la casa de Dios, á sus piés se prosterna el sacerdote, y celebra el santo sacrificio. Era, pues, preciso que nada se interpusiera entre él y los fieles, capaz de distraerlos del cumplimiento de sus actos religiosos.

» El único medio de obedecer á las leyes políticas y religiosas era crear una bóveda en relacion con la cúpula, obra maestra del ilustre Mausart.

» Con efecto, una bóveda dejaba á este admirable monumento su nobleza, su elegancia y su unidad. Estas cualidades se hubieran visto forzosamente alteradas erigiéndolo al nivel del suelo; el espacio que hubiera ocupado, su mole, su lujo, hubieran perjudicado á la armonía del templo. Se hacia casi imposible colocarse en el sitio que permite abrazar su conjunto, y la regularidad de sus proporciones, sin destruir su unidad por la atención que despierta inevitablemente un objeto secundario, un monumento añadido á otro monumento.

» Bajo el punto de vista religioso, la bóveda ofrecía numerosas ventajas, que hará conocer la descripción del proyecto concebido y ejecutado por M. Visconti.

» Y sin embargo, se necesitaba sentir la presencia del monumento desde que se penetrara en la iglesia. El arquitecto ha logrado esto colocando, como una corona al rededor de la boca abierta de la bóveda, una rica balaustrada de mármol blanco; dando unos cuantos pasos mas allá de los mosaicos del templo de Luis XIV, se puede, apoyándose en la balaustrada, contemplar el monumento construido debajo con toda su austera majestad.

» En la bóveda se penetra por una puerta colocada detrás del altar mayor de la cúpula, en la parte de la iglesia que tiene el pavimento dos metros mas bajo, poco mas ó menos. Se baja al costado del altar; se pasa por debajo de este, y se entra por una puerta de bronce, sobre la cual hay escrito en mármol negro las siguientes palabras, recogidas religiosamente por Luis Felipe:

« *Yo deseo que mis cenizas descansen á las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés, que he amado tanto.* »

» El altar, bajo el cual se pasa, ha sido reformado por M. Visconti. En primer lugar lo ha levantado algunos escalones, cuyo total es ahora de diez, cada uno de ellos de siete metros de longitud. Estos escalones son de mármol, guarnecidos por una balaustrada de mármol blanco y negro, recientemente descubierto en el departamento del Ariège, muy semejante al negro antiguo que sacaban los romanos de Africa, hoy tan raro, que el Louvre solo posee dos columnitas que se compraron á un precio exorbitante en la venta de M. Van Horn, pocos años hace.

» M. Visconti ha sustituido el pabellon de madera dorada erigido en 1809 por M. Trepsa, con otro pabellon que adornan cuatro columnas torneadas de este precioso mármol. Estos monolitos tienen 7 metros de alto y 90 centímetros de diámetro. Esta variación está muy conforme con el monumento de Mausart, que M. Visconti admira como se merece, y se adopta á sus planos, puesto que la idea del pabellon de columnas se encuentra en los proyectos de Mausart.

» En fin, el altar está coronado por un hermoso Cristo de mármol blanco, puesto en una cruz de bronce, obra de M. Friquetti. Las paredes del basamento del altar y la bajada á la puerta de la bóveda están cubiertas de un soberbio mármol verde, traído de San Paul en el Isere.

» Hémos ya á la puerta de la bóveda. (Véase el grabado de la página última.)

» A los dos lados de la puerta hay dos estatuas colosales de bronce, de aspecto varonil y salvaje; la una representa la fuerza civil, la otra la fuerza militar. Las dos tienen sobre cogines el globo y el cetro imperial. M. Duvet, miembro del Instituto, es el autor de estas dos hermosas figuras, que realzan su legítimo renombre.

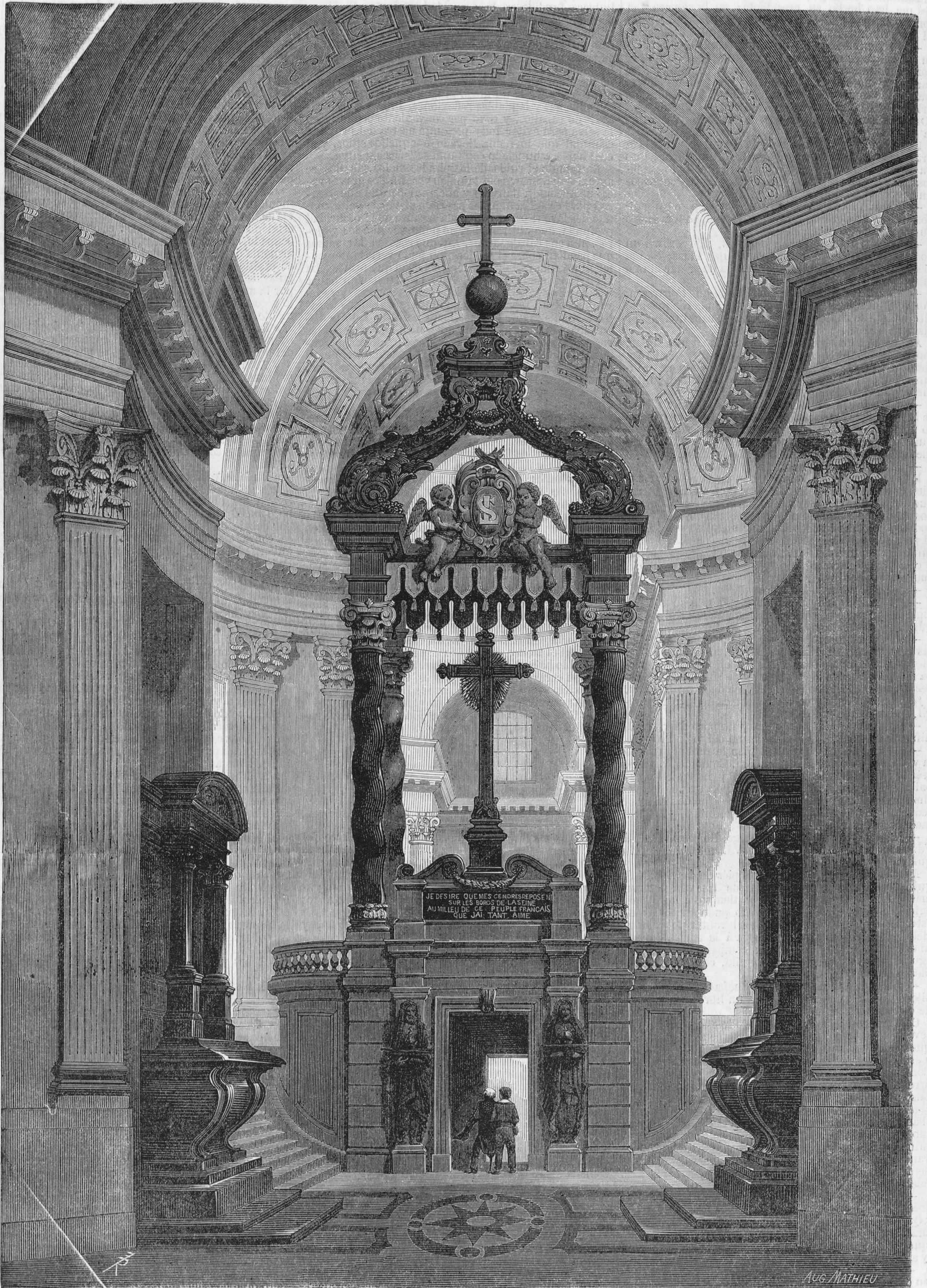
» Atravesada la puerta, se llega á una bóveda formada por las inmensas escaleras del altar superior. La oscuridad comienza. Inspirado por un sentimiento religioso y poético, el arquitecto ha querido preparar al que allí baja á las austeras impresiones del santuario, á la contemplación de la grandeza humana perdida en la nada.

» A izquierda y derecha, dos centinelas, muertos, los generales Duroc y Bertrand, guardan el sepulcro del hombre á quien quisieron tanto.

» Bertrand, que siguió á Napoleon á Egipto en 1798, que tomó tanta parte en sus campañas del Norte y del Mediodía, que quiso participar de su destierro en la isla de Elba y su desastre de Waterloo, y que fué hasta Santa Elena á duicificar el infortunio de su jefe con una abnegación digna de los siglos heroicos. — Duroc, á quien el Emperador amó como á un hermano, compañero de todas sus batallas desde 1797 hasta 1813, ¡hasta que murió en Silesia con la gloria del soldado y la abnegación del amigo!

(1) Sacerdotes hechiceros.



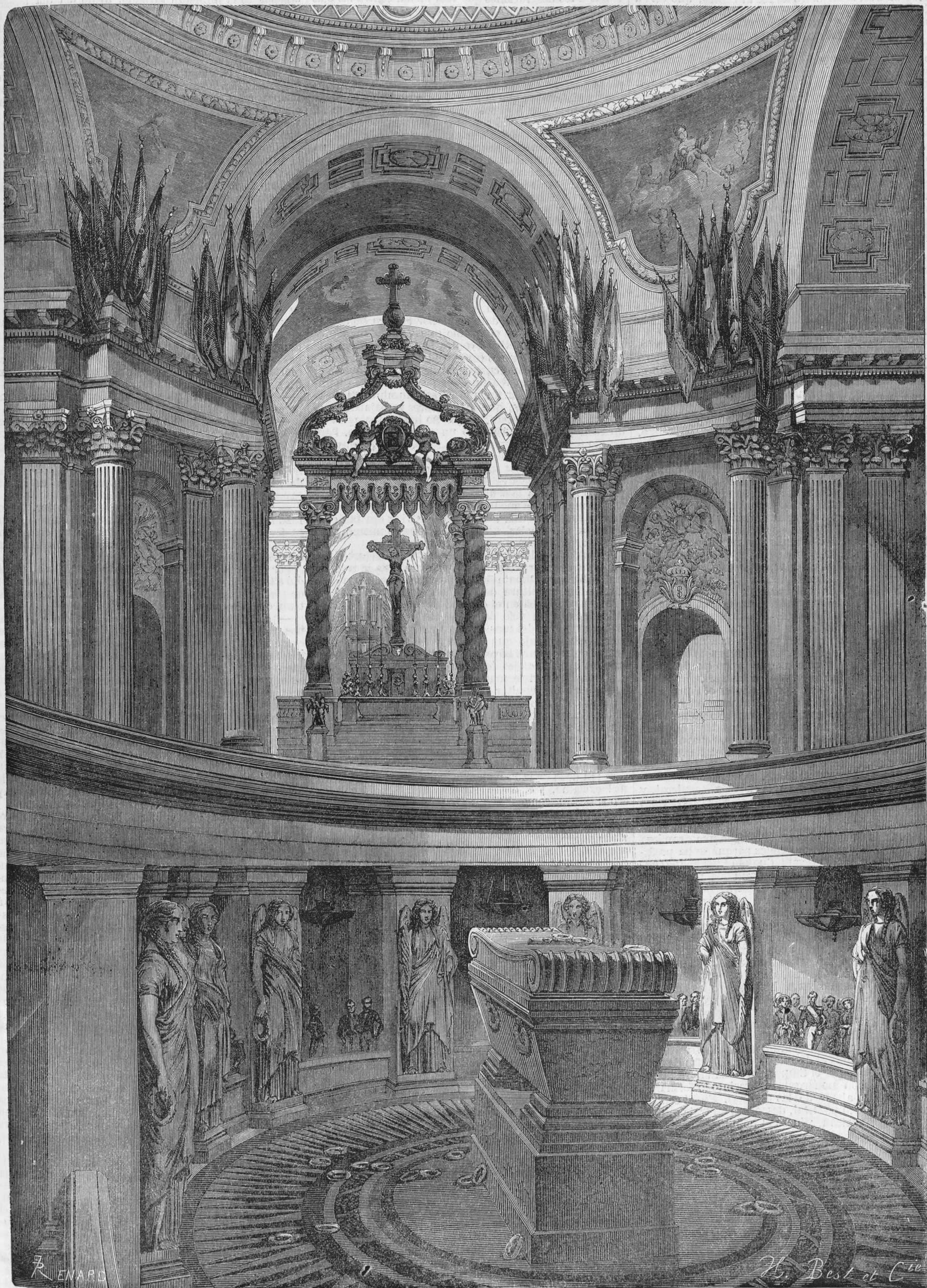


JE DESIRE QUE MES CENDRES REPOSENT  
SUR LES BORDS DE LA SEINE  
AU MILIEU DE CE PEUPLE FRANCAIS  
QUE J'AI TANT AIME

AUG. MATHIEU

Tumba del emperador Napoleon I<sup>o</sup> en la iglesia de los Invalidos. — Vista exterior.





Tumba del emperador Napoleon I<sup>o</sup> en la iglesia de los Inválidos. — Vista interior.



» Pasado este vestibulo, se encuentra la bóveda circular. Su profundidad bajo el pavimento de la cúpula es de 6 metros, el diámetro de 23. El centro, que está á cielo descubierto, rodeado de la balaustrada que ya hemos mencionado, se extiende como 15 metros. El resto del diámetro general está bajo el piso superior, y forma pórtico.

» El piso está sostenido por doce pilastras de mármol blanco de Carrara, de una pieza, con una figura colosal en cada una de ellas, teniendo en la mano los símbolos de las principales victorias del Emperador. Estos genios, estas victorias son obra de Pradier, muerto antes de la inauguración, que le ha de hacer tanto honor. Estas doce figuras dirigen la vista al sepulcro, que descuellan en este momento en el centro de la bóveda.

» El sarcófago es de un granito rojo antiguo de Finlandia, mas duro y de un grano mas fino que el de Africa, materia soberbia, descubierta por M. de Montferrand, arquitecto del Cezar, que ha hecho con ella las columnas del templo de San Isaac en Petersburgo. Esta preciosa piedra no era conocida en Francia. La idea de su apropiación es de M. Visconti.

» El féretro tiene 4 metros de largo y 2 de ancho, con mas de 4 de altura. Está hecho de cuatro piezas; el fondo, la cubierta, y dos soportes. Está colocado en un zócalo de granito verde de los Vosges. El último cofre, que ha recibido los féretros de cedro y plomo traídos de Santa Elena, es de una sustancia llamada algaila, procedente de Córcega, y parecida al basamento de la columna de la plaza de Vendome.

» Para cerrar y pulimentar la caja de granito rojo, ha sido necesario emplear una máquina de vapor, porque no era suficiente el esfuerzo del brazo del hombre.

» Al pié del sarcófago se extiende un rico pavimento de mosaico, representando una inmensa corona de laurel del gusto de la antigua Roma. En los rayos de esta corona se leen los nombres de las principales victorias del Emperador: Rivoli, las Pirámides, Marengo, Austerlitz, Iena, Friedland, Wagram, Moskowa.

» El hueco de la bóveda está alumbrado por doce lámparas imitadas de las de tierra cocida de Pompeya, las cuales se encenderán en días solemnes: el del nacimiento y la muerte del Emperador.

» Los muros de este pórtico circular están cubiertos con diez bajos-relieves de mármol blanco, proyectados por M. Simart, y ejecutados por MM. Chamard, Petit, Ottin, Lanno, etc. Los asuntos que representan alegóricamente, son: la Legion de Honor, el concordato, la administración, la paz interior, el consejo de Estado, el código, la universidad, el tribunal de cuentas, la protección de la industria y el comercio, las obras públicas. Dos puertas interrumpen estos bajo-relieves; la del vestibulo y la del subterráneo, especie de santuario de mármol negro, de aspecto austero y religioso, en el que están depositadas diversas reliquias, á saber: la espada que llevaba Napoleón á Austerlitz, las insignias que se ponía en días solemnes, la corona de oro que le regaló la ciudad de Cherburgo, y sesenta banderas procedentes de la guerra, y que adornaban ántes el Senado. M. de Semonville las ocultó cuando entraron en Paris los ejércitos extranjeros. Las reliquias están sobre un cogin colocado en un cofre de bronce. Las banderas adornan las paredes, haciendo resaltar sus colores ensangrentados y alterados por la atmósfera de las batallas. Por último, en el fondo se colocará una grande estatua de Napoleón, con traje imperial, hecha por M. Simart.

» Una lámpara colgada en la bóveda sepulcral, y siempre encendida, proyectará una claridad misteriosa en este santuario, que no se verá sino á través de una verja.

» El aspecto de este monumento tiene una grandeza y un carácter religioso que explica porqué se ha preferido el proyecto de M. Visconti. Cuando Luis Felipe concibió el pensamiento, que adoptaron los ministros y aclamó el país, de aprovechar nuestras buenas relaciones con Inglaterra para pedir á la antigua rival el cuerpo del que ella sola no habia vencido, hubo uno de esos patrióticos movimientos que deben tenerse presentes al escribir la historia. El rey, que trató del asunto en una conversacion íntima con la reina Victoria cuando vino al palacio de Eu, y ántes de entablar la negociacion de gobierno á gobierno, deseó que se votara una suma para la construcción, é hizo pedir á las Cámaras cuatro millones de francos. Mas tarde se creyó necesario un suplemento de 300,000 frs.

» El patio de Vauban, que precede á la principal entrada de la iglesia, es, por decirlo así, el vestibulo. Es menester que anuncie el monumento que se va á ver. M. Visconti ha ideado el decorarlo con estatuas de doce mariscales creados por el Emperador, cuando restableció esta institucion monárquica; el recinto lo formarán bancos colocados al pié de las estatuas. En el centro, sobre un magnífico pedestal, descollará en traje militar la estatua de Napoleón, ¡Fuera el hombre,— dentro su apoteosis!»

## RICARDO DIGBY,

LEYENDA AMERICANA POR NATHANIEL HAWTHORNE.

En los antiguos tiempos de tinieblas é intolerancia religiosa, vivia Ricardo Digby, el mas sombrío y mas intolerante de una secta austera. Su sistema de salvacion era tan estrecho, que semejante á una tabla en medio

del mar, no podia servir mas que para un solo pecador. Por eso se agarraba á ella triunfante, y lanzando anatemas á los desgraciados que veia luchar contra las olas de la eterna muerte. A su modo de ver, era el mas abominable de los crímenes,— y con efecto, es una locura — el fiarse en sus propias fuerzas, ó el agarrarse á algunos restos del naufragio, excepto á su pequeña tabla, que procuraba por otra parte apartar cuanto podia de sus hermanos. En otros términos, como su creencia no se parecia á la de los otros hombres, y como estaba muy satisfecho de que la Providencia no habia confiado á nadie mas que á él solo el tesoro de la verdadera fe, Ricardo Digby resolvió retirarse á un punto en que pudiera gozar de su dichosa suerte.

—Verdaderamente, pensaba él, yo considero como una condicion principal de la protección que me dispensa el cielo el no vivir entre esa multitud de seres que Dios ha lanzado lejos de sí, condenándolos á perecer. Quizá si me detuviera bajo las tiendas de Cedar me privaria de su gracia, y me veria sumergido en el diluvio de cólera, ó consumido por la lluvia de fuego y azufre, ó sepultado bajo alguna nueva ruina, preparada por Dios contra la perversidad de la generacion presente.

Ricardo Digby, pues, tomó una hacha para abrir en el desierto un espacio donde colocar su tienda. No olvidó otros utensilios necesarios, tales como una espada y una escopeta, para herir ó matar á quien penetrara en su santuario; hecho lo cual, se internó en la espesura del bosque. Pero ántes se detuvo al borde para sacudir el polvo de sus piés en el pueblo que habia habitado, y pronunciar una maldicion contra la casa de oracion que miraba como un templo consagrado á ídolos del gentilismo. Tambien tenia curiosidad de saber si lloveria el fuego del cielo, una vez puesto en salvo el único hombre justo. Viendo por fin que el sol alumbraba las cabañas y los campos, que los hombres trabajaban, que los muchachos jugaban, y que no habia presagios de un castigo próximo, se alejó un poco disgustado. Pero cuanto mas andaba, mas solo se sentia, mas juntos parecian los árboles del camino, mas espesa era la oscuridad, mas contento se ponía Ricardo Digby. Conversaba consigo mismo; leia la Biblia sentado bajo los árboles, y como las hojas le ocultaban el cielo, iba casi á decir por la mañana, el mediodía y la noche, se dirigia á sí mismo sus oraciones. Este género de vida era tan conforme á su carácter, que se reia consigo mismo, y se enojaba cuando el eco repetia sus carcajadas.

Así viajó tres días y dos noches, y la del tercero llegó á la boca de una caverna que á primera vista le recordó la de Elias en el monte Horeb, aunque se semejava quizá mas á la sepultura de Abraham en Machpelah. Esta caverna penetraba en el corazon de una colina de roca. Delante tenia un velo de follaje tan espeso, que nadie sino un amante del mas sombrío retiro hubiera descubierto el arco bajo que le servia de puerta, ni osado entrar en su oscura bóveda, donde tal vez podia descubrir los ardientes ojos de una pantera. Si la naturaleza destinaba tan triste mansion al uso del hombre, solo podia ser para sepultar en sus tinieblas á las víctimas de una peste, tapiar la boca con piedras y huir para siempre de aquel funesto lugar. En sus cercanías no habia nada alegre, si se exceptúa un manantial murmurante, que Ricardo Digby honró con una de sus miradas. En seguida metió la cabeza en la caverna, se estremeció, y se felicitó por su hallazgo.

— ¡El dedo de la Providencia me ha señalado el camino! exclamó, y el antro fúnebre le respondió con un eco siniestro, como si algun sér invisible se burlara de él.—Aquí vivirá mi alma en paz, porque los malos no me encontrarán. Aquí leeré la Escritura sin ser contrariado por interpretaciones falsas. Aquí haré oraciones aceptables, porque mi voz no se confundirá con las súplicas de una multitud culpable. ¡Oh! ¡sí, el único camino que conduce al cielo pasa por la estrecha entrada de esta caverna.— ¡y yo solo la he hallado!

Respecto de ella, es menester decir que la bóveda, por lo que la luz permitia examinar, estaba tapizada de objetos que se parecian á hielos opacos, porque la humedad rezumándose sin cesar, habia formado cristales tan duros como el diamante, y todas las cosas que habia bañado aquella agua se habian convertido en piedras. Las hojas y ramas que el viento habia enviado á la caverna, y las plantas pequeñas que se veian á la entrada, no estaban mojadas con rocío natural, sino que se habian conservado por este maravilloso procedimiento. Y esto me recuerda que ántes de que dejara Digby el mundo, al decir de ciertos médicos, habia contraído una enfermedad que su ciencia no podia remediar. Se formaba en su corazon un depósito de partículas redondas producidas por una obstrucción en la circulación de la sangre, y á ménos de un milagro, era de temer que la enfermedad se extendiera á todo el órgano y petrificara el corazon. Muchos creian que esto habia casi sucedido. Pero Digby no quiso creer jamás en ello, y cuando vió las ramas convertidas en mármol, su pecho no latió mas fuertemente á la vista de la comparación que le ofrecian aquellos objetos antiguamente débiles y delicados. Tal vez esta insensibilidad era efecto de su padecimiento.

Sea como quiera, Ricardo Digby estaba contento con su caverna sepulcral. De tal manera amaba aquella mansion simpática, que en lugar de ir á beber á la fuente, apagó la sed con las gotas de agua que sudaba la bóveda, y que, á caer fuera de su boca, se hubieran convertido en piedrecitas. Para un hombre predispuerto á la petrificación del corazon, aquel licor era muy mal sano. Sin embargo pasó allí tres días, manteniéndose con yerbas y raices, bebiendo su propia perdición,

y juzgando tan horrible género de vida casi igual á la felicidad celeste, casi superior, porque en el cielo los ángeles se la hubieran turbado. Al fin del día tercero estaba sentado á la boca de su habitacion leyendo la Biblia en voz alta, porque nadie podia aprovecharse de su lectura, y leyéndola á tropezones, porque los rayos del sol de Occidente no podian llegar hasta las páginas del sagrado libro. Pero de repente una débil claridad cayó sobre el libro, y levantando los ojos Digby, ve una jóven en pié á la entrada de la caverna, y su vestido bañado por los rayos del sol, parece que brilla con una claridad que le es propia.

— Buenas tardes, Ricardo. Desde muy lejos vengo á buscarte.

Ricardo Digby reconoció al punto la gracia esbelta y la dulce amabilidad de aquella jóven. Llamábase María Goffe, y los sermones de Ricardo la habian convertido en Inglaterra, ántes de entregarse al exclusivo fanatismo que pesaba sobre él ahora como una mano de hiervo, sin que ningun otro sentimiento pudiera hacer en su corazon. Al partir el peregrino para América, ella se habia quedado en el hogar paterno, pero habia sin duda atravesado el Océano detrás de él, impelida quizá por la misma fe que hizo emigrar á tantos otros, y quizá tambien por un amor tan santo como esta fe. Y habia sido necesario el amor unido á la fe para sostener aquella frágil criatura en su viaje á través de la selva, con su cabellera dorada que se enredaba en las ramas, y sus piés injuriados por las espinas. Por fatigada que estuviera, á pesar del horror que le causó aquel antro, contemplaba al solitario con aire lleno de dulzura y compasion, con el aspecto con que miran los ángeles á un mortal afligido. Pero Ricardo frunciendo el ceño, le hizo un signo para que se retirara.

— ¡Véte! exclamó, yo estoy santificado, y tú eres una pecadora. ¡Véte!

— O Ricardo, dijo ella con voz suplicante, yo he hecho este penoso viaje porque he sabido que te ha atacado el corazon una enfermedad grave, y un médico muy sabio me ha comunicado el medio de curártela, y no hay otro remedio que el que te traigo. No me despidas, pues, no rechaces mi medicina, porque esta triste caverna seria tu sepultura.

— ¡Véte! replicó Digby con aire amenazador. Mi corazon está en mejor estado que el tuyo. Déjame, criatura terrestre, porque el sol va á ocultarse, y cuando no llega la luz á la puerta de mi caverna comienza mi oracion.

Por grande que fuera la fatiga de María Goffe, no pidió ella abrigo y protección á aquel hombre de corazon de piedra; no, nada pidió para sí misma. Su celo no tenia otro fin que el bien de Ricardo.

— ¡Vuélvete conmigo! le dijo ella juntando las manos, vuelve al lado de tus semejantes, porque ellos te necesitan, y tú los necesitas á ellos diez veces. No te quedes en este antro, porque el aire es aquí glacial, la humedad mortífera, y quien quiera que muera en este sitio, no hallará jamás el camino del cielo. Sal de aquí, sal por el amor de tu alma, porque ó esta bóveda va á desplomarse, ó alguna otra destruccion te amenaza.

— ¡Mujer perversa! respondió riéndose fuertemente, (porque sus instancias excitaban en él una amarga alegría) yo te digo que el camino del cielo pasa directamente por el estrecho portal en que estoy sentado. Y en cuanto á la destruccion que anuncias, no amenaza á esta bienaventurada caverna, sino á las habitaciones de todos los mortales que pueblan la tierra. ¡Véte muy pronto á fin de que recibas la parte que te toca!

Diciendo esto volvió á abrir la Biblia, resuelto á apartar sus pensamientos de aquella niña, hija de la cólera y el pecado, y á no consumir por ella un soplo de su santa vida. En esto, la sombra era tan densa en torno suyo, que se equivocaba muchas veces leyendo, y cambiaba las palabras de misericordia en anatemas de venganza contra toda criatura, excepto él mismo. Entretanto, María permanecia apoyada en un árbol junto á la caverna, llena de tristeza, pero con cierta cosa celestial y etérea mezclada á su dolor. Todavía la hacia resplandecer el sol de Occidente, y reflejando débilmente su luz en el oscuro antro para revelar tinieblas tan terribles, que la jóven temblaba por aquel que lo habia escogido para su morada. Despues, observando el límpido manantial que se hallaba cerca, corrió á él y cogió agua en una taza de corteza de abedul. Algunas lágrimas cayeron en la taza, dando quizá toda su eficacia á la pocion. María volvió á la entrada de la caverna y se arrodilló á los piés de Digby.

— Ricardo, le dijo con calor y dulzura juntamente, te suplico por tu esperanza del cielo, y si no quieres permanecer siempre en esta tumba, que bebas de esta agua santificada, aunque no sea mas que una gota. Despues déjame sentar á tu lado, juntos leerémos una página del libro sagrado; por fin, arrodillate á mi lado, y oremos los dos. Haz esto, y tu corazon de piedra se volverá mas tierno que el de un niño de pechos, quedando todo bien.

Pero Digby, á quien esta proposicion habia horrorizado, arrojó la Biblia á sus piés, y miró á María tan fija y sombríamente, que parecia su mirada la de una estatua, trabajo de algun escultor melancólico que se hubiera propuesto reproducir en una figura humana el triste estado de su imaginacion. Y á medida que la mirada de Ricardo tomaba un tinte mas diabólico, María se ponía mas afligida, mas dulce, mas compasiva, mas semejante al ángel del dolor. Pero cuanto mas celestial era su aspecto, mas odiosa le parecia á Digby, que levantó por fin la mano y derribó la copa de agua santificada, rechazando así el único remedio que hubiera po-



didó curar su corazón de piedra. Un suave perfume llenó por un momento la atmósfera, y se disipó un instante despues.

— ¡No me tientes mas, mujer maldita, exclamó con su acento de mármol, ó haré contigo lo que con la copa! ¿Qué tienes tú que ver con mi Biblia?... ¿en mis oraciones? ¿en mi cielo?...

Apénas pronunció estas terribles palabras, cesó su corazón de latir.

Respecto de María Goffe, la leyenda dice que se desvaneció con los últimos rayos del sol, y que subió desde la caverna sepulcral al cielo. Porque hacia muchos meses que María Goffe habia sido enterrada en Inglaterra. ¿Era su sombra la que visitó aquel bosque salvaje, ó bien un espíritu, tipo de la religion pura?

Cerca de un siglo mas tarde, — la selva, impenetrable en tiempo de Ricardo Digby, hacia largo tiempo que estaba sembrada de colonias, — los hijos de un grangero de las cercanías jugaban al pié de la colina. A causa de las desigualdades del terreno, los árboles no habian sido nunca cortados en su cima, y tan espesos estaban, que apénas dejaban ver algunas prominencias peladas. Un muchacho y una niña, jugando al escondite con sus compañeros, habian penetrado hasta el sitio mas sombrío, donde no solo los negruzcos pinos, sino un monton de plantas rastreras impedían penetrar mas que mediana claridad al mediodía, reinando el resto del dia una oscuridad casi completa. Allí se habian ocultado los muchachos, gritando y repitiendo sus gritos á intervalos hasta tanto que los que los buscaban, llegando y separando el follaje, dejaron entrar una dudosa claridad. Pero al mismo tiempo dieron un grito de terror simultáneo los muchachos, y bajaron á todo correr de la colina, dirigiéndose á casa sin volver á mirar por segunda vez el objeto que los asustó. Su padre, no pudiendo comprender lo que los habia aterrorizado, cogió su hacha, derribó uno ó dos árboles, arrancó las plantas rastreras, y sacó á luz el misterio. Habia descubierto la entrada de una caverna semejante á un sepulcro, en el que habia sentado un hombre, cuyo gesto y actitud mandaban retroceder; su rostro tenia la expresion de una amenaza implacable.

Aquel personaje áspero parecia cortado en la piedra oscura que formaban las paredes y la puerta de la caverna. Despues de un atento exámen se descubrieron defectos que hacían dudar si era realmente una estatua, producto del arte, un poco maltratada por el tiempo, ó un capricho de la naturaleza, que habia querido imitar en piedra su obra de carne. La idea ménos extravagante sugerida por aquel extraño espectáculo, era quizá esta, que la humedad rezumada poseia una virtud petrificante que habia contribuido á conservar en tal estado aquel terrible cadáver.

Habia cierto no se qué horrible en el aspecto de aquel hombre de piedra, que el grangero, una vez repuesto de la fascinación que sufrió de pronto, comenzó á amontonar piedras á la entrada de la caverna. Su mujer, que lo acompañó, unió sus esfuerzos en los de su marido. Hasta los niños se acercaron cuanto les permitió el miedo, y con sus manecitas llenas de guijarros, aumentaron la obra de sus padres. Los intersticios se taparon con tierra, y todo fué cubierto de céspedes.

Así desaparecieron todos los vestigios de aquel descubrimiento. Solo quedó una leyenda maravillosa, cada vez mas singular, conforme pasaba de generacion en generacion, de tal modo que pocas gentes creen hoy en la existencia de una caverna y una estatua donde no se ve mas que una pendiente llena de céspedes en el costado de la sombría colina. Sin embargo, los ancianos se apartan de aquel paraje, y los niños no van ya á jugar en él. Que la amistad, el amor y la compasion, y todas las simpatías del cielo y de la tierra se mantengan lejos de aquella caverna escondida, porque ella es y será siempre, á no ser que un terremoto haga desplomar la bóveda sobre su cabeza, la mansion de Ricardo Digby, en la actitud de un hombre que repele á toda su raza, no lejos del cielo, sino de la horrible soledad de su frio y sombrío sepulcro!

### Los baños minerales de Ems.

Las termas de Ems pertenecen á los baños minerales mas antiguos de Alemania, y fueron ya conocidas por los romanos en la antigüedad mas remota. Las legiones romanas de Augusto y Tiberio tenían ocupadas las alturas del Taunus, y dedicaban su cuidado y atención á las fuentes termales de Ems. Muchos monumentos del tiempo de los romanos nos prueban hasta la evidencia que Ems habia gozado ya entónces de gran estimación é importancia, pues Ems es una fuente abundante de antigüedades romanas. Despues de la caída del imperio romano desaparecen por mucho tiempo todas las noticias sobre esta ciudad y sus manantiales, y no ántes que en el siglo XII llegó á entrar bajo el dominio del conde de Nassau, dando el arzobispo de Colonia en 1355 al conde Juan de Nassau el pueblo de Eimetz con sus baños calientes en feudo. Mas tarde se presentaron como co-posedores de Ems los poderosos condes de Katzenelnbogen. Despues de la extincion de esta casa cae su parte en posesion á las landgraves de Hesse, que quedaron hasta 1803 en comun posesion de Ems con la casa de Nassau-Orange, en cuya época y á consecuencia del convenio de Ratisbona pasó Ems en exclusiva posesion de la línea de Nassau.

Hesse y Nassau-Orange habian hecho ya mucho por Ems en el siglo pasado: sin embargo, los magníficos establecimientos que han elevado á este pueblo á uno de los principales baños de Europa, deben su creacion únicamente á aquel tiempo en que Nassau, siendo único poseedor suyo, pudo empezar y concluir sin trabas la obra de su embellecimiento. En los últimos tiempos se han empleado considerables cantidades para quitar lo antiguo, fundar, ensanchar y hermostrar lo nuevo.

Por cualquiera parte que sea que uno se aproxime á estos célebres baños, subiendo ó bajando el Lahn, se abre una magnífica perspectiva sobre el valle encantador del rio y sobre el alegre pueblo de Ems, que se apoya pacíficamente contra el pié de las altas montañas que lo rodean. Con alegría recorre la vista el ameno escenario de este paisaje, que justamente en esta parte ha adornado la naturaleza con los encantos mas variados. Casas de baños y fondas semejantes á palacios, alegres jardines, alamedas y grupos de árboles umbrosos adornan agradablemente las diferentes localidades. Los alrededores encantadores de Ems ofrecen una abundante materia para pasar semanas enteras una verdadera vida idílica. En todas partes se han establecido cómodos alojamientos, y aun las exigencias mas exageradas de bienestar confortable y comodidad suntuosa se hallan completamente satisfechas. En ningún concepto Ems se ha dejado arrebatar la palma ni aun por los mas célebres baños de Europa, y permanecerá en la altura de su florecimiento, mientras la ciencia anuncie el poder hechicero de sus manantiales.

Al lado de los muchos edificios nuevamente construidos, en su mayor parte por particulares, se eleva orgulloso el salon de sociedad ó descanso levantado hace pocos años. A sus agradables proporciones exteriores corresponde un rico adorno interior. La gran sala de baile con sus columnas y pilastras de mármol rojizo, sus pinturas al fresco y sus espejos gigantescos ofrece un aspecto imponente, sobre todo de noche, cuando al brillo de una magnífica iluminacion se reúnen los variados grupos de la sociedad para conversar ó pasar el tiempo al rededor del tapete verde. El pasaje abovedado que une la sala de sociedad á la casa de baños, es una obra completa del arte y de la técnica, y constituye un sitio sumamente animado; pues siendo al mismo tiempo un bazar, contiene todo lo que la industria puede ofrecer á la necesidad y al lujo.

El número de los manantiales en Ems pasa de veinte; pero en la casa de baños y sus inmediaciones solo son quince los que brotan de las hendeduras de los peñascos. Al lado opuesto se ha encontrado el nuevo manantial sumamente abundante, que tiene una temperatura de 38° Reaumur, la fuente del caldero 37°, la del príncipe 28° y la del Kráhnchen 23°. El agua es límpida y clara, su sabor algo salado ó alcalino, pero agradable. Al lavarse ó bañarse obra de un modo sumamente agradable sobre los nervios tangibles de la piel. Mientras que la primera de las fuentes citadas solo sirva para bañarse, se aprovechan las últimas tres principalmente para beber. En casi todas las aguas termales de Ems han arrojado de sí los ensayos científicos los resultados de que todas concuerdan esencialmente en sus principales partes de composición, y que únicamente en el contenido del libre ácido carbónico y en las proporciones de su temperatura es en lo que difieren un tanto. El elemento principal de que se componen es el bicarbonato de sosa, y discrepa muy poco, pues contiene en 16 onzas cerca de 14-16 granos, mientras la suma de todas las sólidas partes integrantes es de 26-27 granos.

El arreglo actual de los baños no deja nada que desear; el mueblaje y ajuar de los baños corresponde á las exigencias actuales mas elevadas, á fin de que el establecimiento asegure tambien para el porvenir la fama adquirida ya desde mucho tiempo ha. Las bañeras se hallan en la casa de baños, en la casa maciza, en la columnata nueva cerca de las cuatro torres, y en la nueva casa de baños al otro lado de Lahn. En todo hay ciento cuarenta y ocho bañeras, de modo que seiscientas ó mas personas pueden bañarse diariamente. El orden mas conveniente y puntual reina en todas partes.

Dos veces al dia se reúnen todos los visitantes de Ems en el bonito jardin que se extiende desde la casa de baños hasta el salon de recreo; bellas señoras elegantemente vestidas de casi todas las naciones dan á este cuadro animado que aquí se presenta, un carácter sumamente interesante. Una banda de música toca con maestría las piezas mas escogidas, mientras que el mundo fashionable se pasea debajo de umbrosos árboles y entre los cuadros de flores que hermosas brillan á veces con un esplendor inusitado. ¡Qué deleite! Cuando despues de un dia caloroso de verano extiende la tarde sus sombras sobre el valle, los últimos rayos del moribundo sol doran las cúspides de las inmediatas montañas y sus peñascos llenos de musgo y rodeados de un vapor purpúreo brillan elevados sobre el oscuro verde de los bosques. ¡Qué impresiones para un alma sensible! Por un lado príncipes, princesas y el mundo elegante de casi todas las partes de Europa, y por otra la serena y silenciosa naturaleza en toda la magnitud de su esplendor.

Si ya hemos mencionado al hablar de los alrededores mas cercanos de Ems, el que los sacrificios hechos para atraer la concurrencia se han visto recompensados con abundancia, no podemos ménos de conceder gustosos esta ventaja igualmente á los sitios algo mas apartados. Nassau con sus ruinas de Nassau y Stein, Brambach, Lahnstein, Stolzenfels, Coblenza, Ehrenbreitstein, Engers, Sayn y Neuwied forman una serie de puntos de excursiones, cuyos principales encantos no nos permi-

ten los límites de este reducido artículo esplanar

Los efectos de los baños de Ems son muy grandes, aunque diferentes. Obran despacio, pero profundamente, sobre el organismo, sin excitarlo, pues penetran en los jugos del mismo y los cambian de un modo químico y dinámico. La suave terma que se introduce casi furtivamente en todo el organismo (pues estas son las palabras de eterna verdad del ponderado Diel, á quien nadie ha dejado de citar al decir algo de Ems), es la sosegada amiga de la vida vejetativa, de la fuerza plástica y penetrando en las membranas mas finas y mezclándose del modo mas íntimo con toda la masa de los humores, es claro que estas aguas tan sustanciosas deben variar la forma de vida en la anatomía patológica de la sangre. Las aguas de Ems son un remedio de suave pero radical efecto, que ha ejercido frecuentemente un influjo salúífero en las enfermedades de las membranas mucosas (en todos los catarros crónicos) de los vasos y las glándulas linfáticas, de las escrófulas y sus formas múltiples en las afecciones de los riñones, del bazo, del hígado, de la piel, etc.; no hablando de su ventajosa y conocida aplicacion contra las enfermedades crónicas del pecho, á lo cual debe Ems su principal fama. Con respecto á la curacion de varias enfermedades del pecho es Ems único en su clase: muchos enfermos que padecían de una ronquera continuada, de catarros inveterados, de una bronquitis crónica, del asma etc., han sido curados aquí. En particular recomendarémos aun su gran efecto contra la gota y el reumatismo, contra acedia del estómago, dispepsia é inclinacion á las afecciones ictericas. En este concepto es Ems el Carlsbad en sentido mas suave.

Para el conveniente uso de los baños, que debe dirigir un entendido y cuidadoso médico, siempre que se quiere lograr un resultado deseado, es menester guardar la correspondiente dieta, observar un rígido método de vida, y continuar por largo tiempo el uso de las aguas. El enfermo debe evitar cuidadosamente las excitaciones de Vénus, las emociones morales y los excesos dietéticos á fin de que no se interrumpa el efecto de la curacion; el baile, juego, los goces de la mesa, las pasiones echan frecuentemente á perder lo que las aguas habian remediado. En su lugar podrán indemnizarse con excursiones en el país, con ejercicios corporales, cambios de aire y de residencia, nuevos conocimientos, el goce de nuestras hermosas tardes, descanso de trabajos penosos, el *dolce farniente*, el destierro de cuidados domésticos, etc., todo lo cual contribuye de seguro al logro de la salud.

Ems es muy frecuentado. Mientras que en los años de 1820-1830 el número de los enfermos era solo de mil doscientos, subió en los de 1830 en adelante ya á tres mil, alcanzó el de cuatro mil en 1840, y en 1852 llegaron á cinco mil los forasteros que buscaron la salud en sus manantiales. Se ve por lo tanto que Ems obtiene cada vez mas aceptación. Pero tambien el gobierno por su parte contribuye en todo lo posible para hacer á los forasteros su estancia tan agradable como útil. Así es que se quitaron los antiguos baños que no correspondían á toda la comodidad que ahora se exige, y se levantara una nueva y grandiosa casa de baños que hace poco ha sido abierta al público; así es que se levantara un puente de hierro sobre el Lahn, que se ensanchara el salon de bebida en el Kráhncheu y se construyera una presa en el Lahn para elevar á mas altura el nivel del agua, lo que se hace por consideraciones higiénicas á fin de proporcionar á nuestro pueblo, ya muy sano, aun mas salubridad. Asimismo se aumentó en uno el número de los médicos que habia hasta ahora, componiendo por consiguiente el de cinco, no bastando los cuatro que habia á causa del aumento de extranjeros que habia tenido Ems en los últimos años.

En vista pues de un estímulo tan activo de todas partes, no es de extrañar que Ems entrase en el periodo de su mayor brillo y extendiera su fama hasta los países mas remotos.

### Viaje por el Ecuador, por el Napo y el rio de las Amazonas.

La ciencia tiene sus mártires lo mismo que la política y la religion. Vamos á hablar aquí de un hombre que por amor á la geografía y á la historia natural ha arrostrado los grandes peligros de un terrible viaje por las soledades y los vastos páramos cortados de rápidos torrentes, erizados de nevadas montañas, de volcanes y de selvas vírgenes, infestadas de jaguares y de serpientes venenosas de que se componen las regiones que se hallan al Sur de la república del Ecuador.

El señor G. Osculati, miembro de la Sociedad geográfica de Paris, salió de Panamá y llegó á Guayaquil, de donde pasó á Quito, capital de la república del Ecuador, despues de haber recorrido la América del Norte en 1846 y en los primeros meses del año siguiente. Guayaquil, y sobre todo Quito, ofrecen el mayor interés; pero como ya se conocen de ellas tantas descripciones, y como por otra parte nos vemos precisados á elegir en la obra del intrépido milanés, puesto que nuestras columnas no nos permitirían abrazarla toda, pasaremos desde luego á relatar un episodio del viaje, la travesía de Quito á Archidona y al ri Napo.

El señor Osculati salió el 9 de junio de 1847 de la capital del Ecuador, habiendo confiado una parte de su





Mercadera en gallinas.

Aguador.

Mercader en forraje.

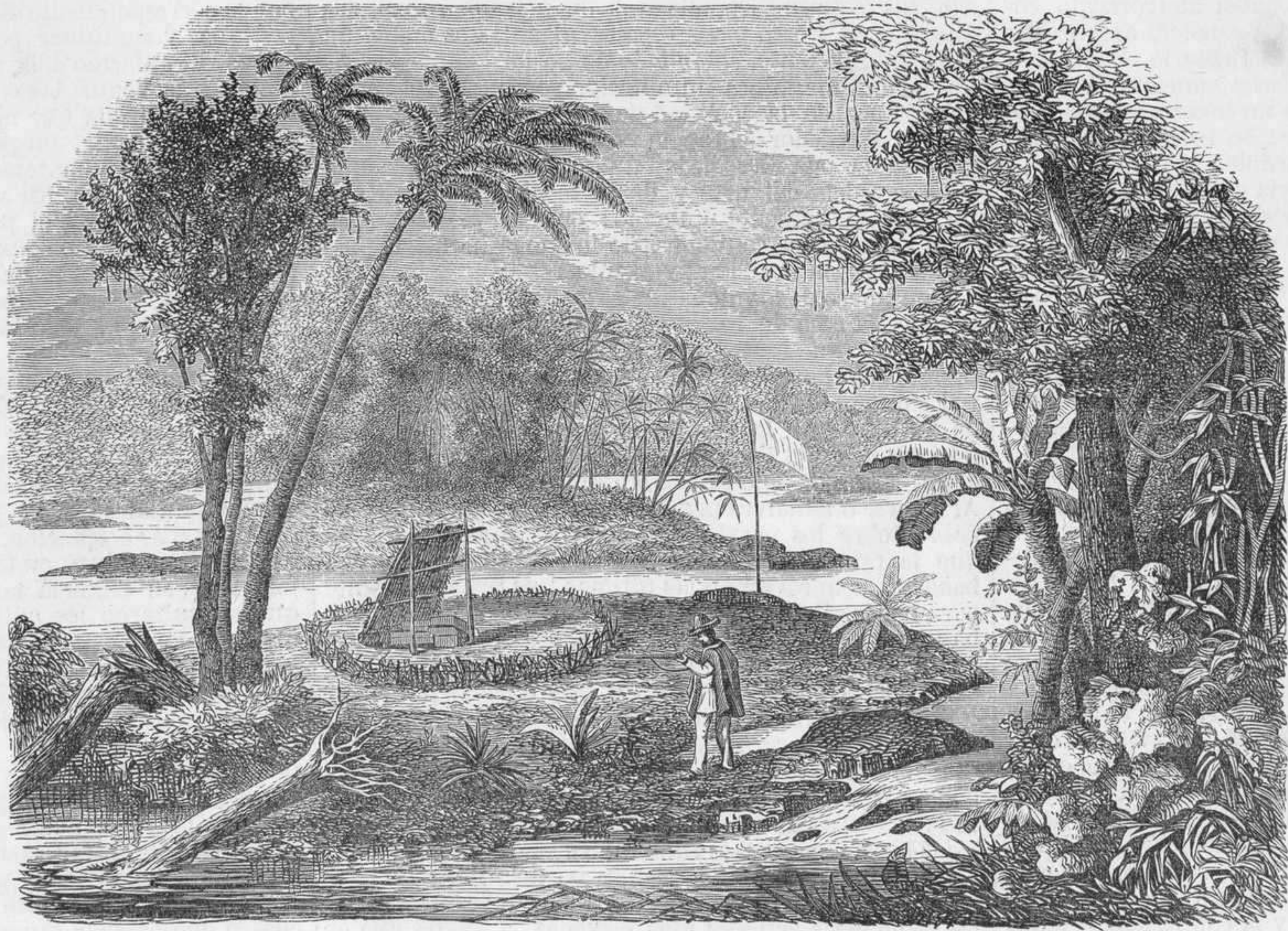
Mercader de pita.

Lechera.

equipaje á una cuadrilla de indios yumbos que iban tambien al rio Napo, y que no habian querido esperarle dos dias, á causa de las enfermedades que reinan en Quito, y que tan fatales son para su raza.

El primer descanso del atrevido viajero fué en Tombacko, donde tenia una órden del gobierno para sacar *cargueros*; pero la fiesta del Córpus le obligó á pasar allí ocho ó diez dias, porque ningun indio *carguero* quiso ponerse en camino hasta que se concluyera aquella solemnidad.

El señor Osculati hubo de perder un poco la paciencia con tantas procesiones, y se fué ántes de que se acabaran las ceremonias á Raparleata, á orillas del lago del mismo nombre donde se prometia reunirse con sus yumbos, y aguardar á los *cargueros* que debía enviarle el alcalde de la aldea de Tombacko. ¡Tiempo perdido! Los yumbos llevaban



M. Gaetano Osculati abandonado por sus quias en los bosques de Quixos.

prisa, y quisieron marchar adelante, mientras los *cargueros* se hacian desear tres ó cuatro dias en un lugar desprovisto de todo, donde hasta la iglesia es de paja, y cuyos habitantes se alimentan únicamente con maiz y patatas asadas. Por fin llegaron, y el 16 de junio la pequeña caravana se puso en camino para Archidona por un sendero por el cual todo habia que llevarlo á fuerza de hombros, pues ni aun podia pasar una rueda.

El tiempo estaba muy lluvioso como acontece en los meses de junio, julio y agosto que son el invierno de aquella parte de la república. Así pues, el viaje fué penoso y no produjo el resultado que se deseaba. No hablaremos aquí de todas las paradas, y nos contentaremos con decir que en muchas ocasiones habia que andar con el agua y el barro hasta las rodillas; que era necesario abrirse camino por entre las zarzas y los ca-



Carnicero y su mujer con trajes de fiesta.

Indios bailando delante una procesion.

Mestiza.

Muchacho.





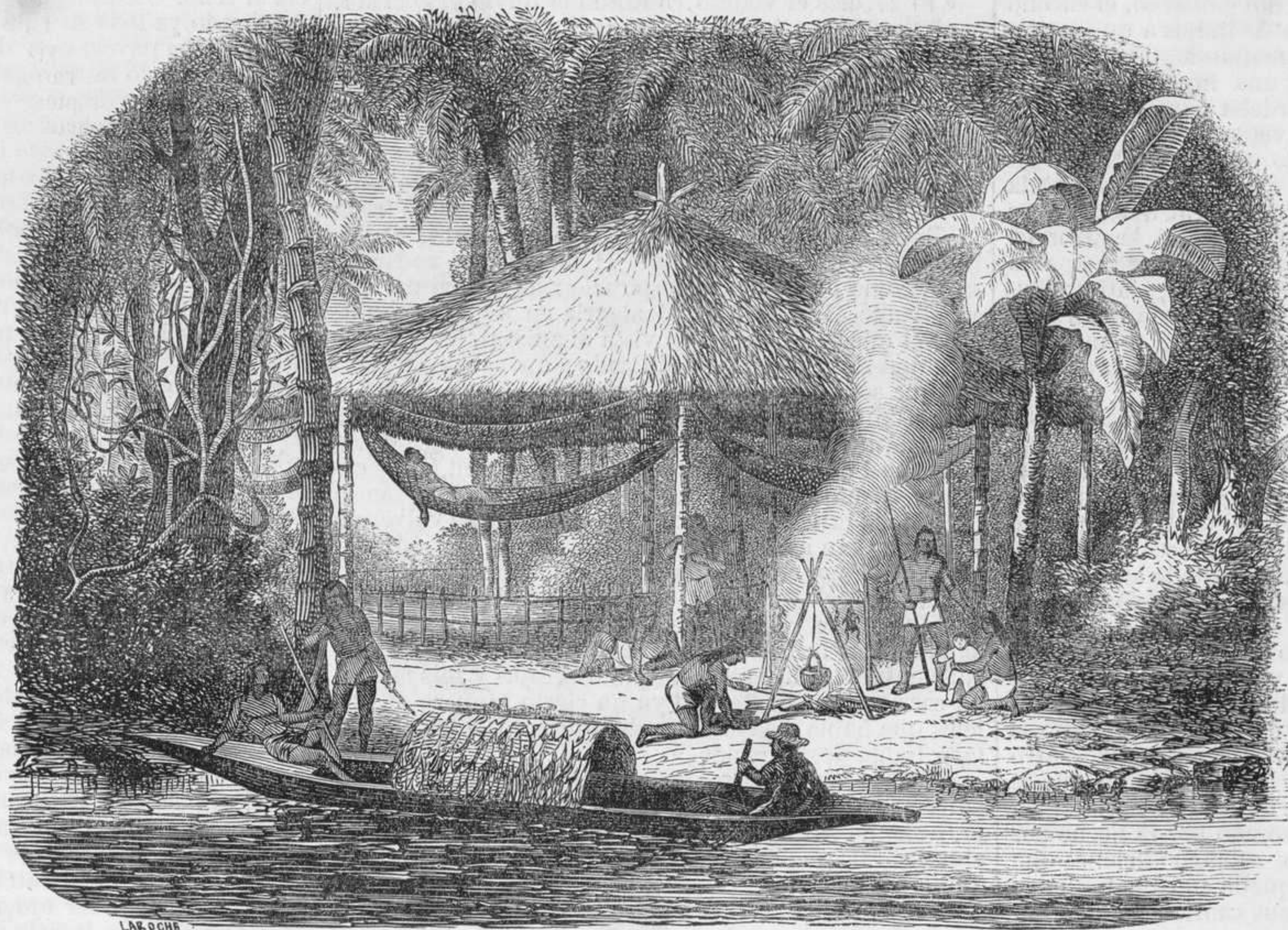
Negociante y mujer de Quito, en viaje.

India de Otavalo.

ñaverales del monte, y que por último había que saltar á cada instante las escarpadas y resbaladizas cúspides de las cordilleras, comiendo pan y descansando por la noche bajo los *tauchos* ó chozas improvisadas con ramas de los árboles, abiertas á la intemperie.

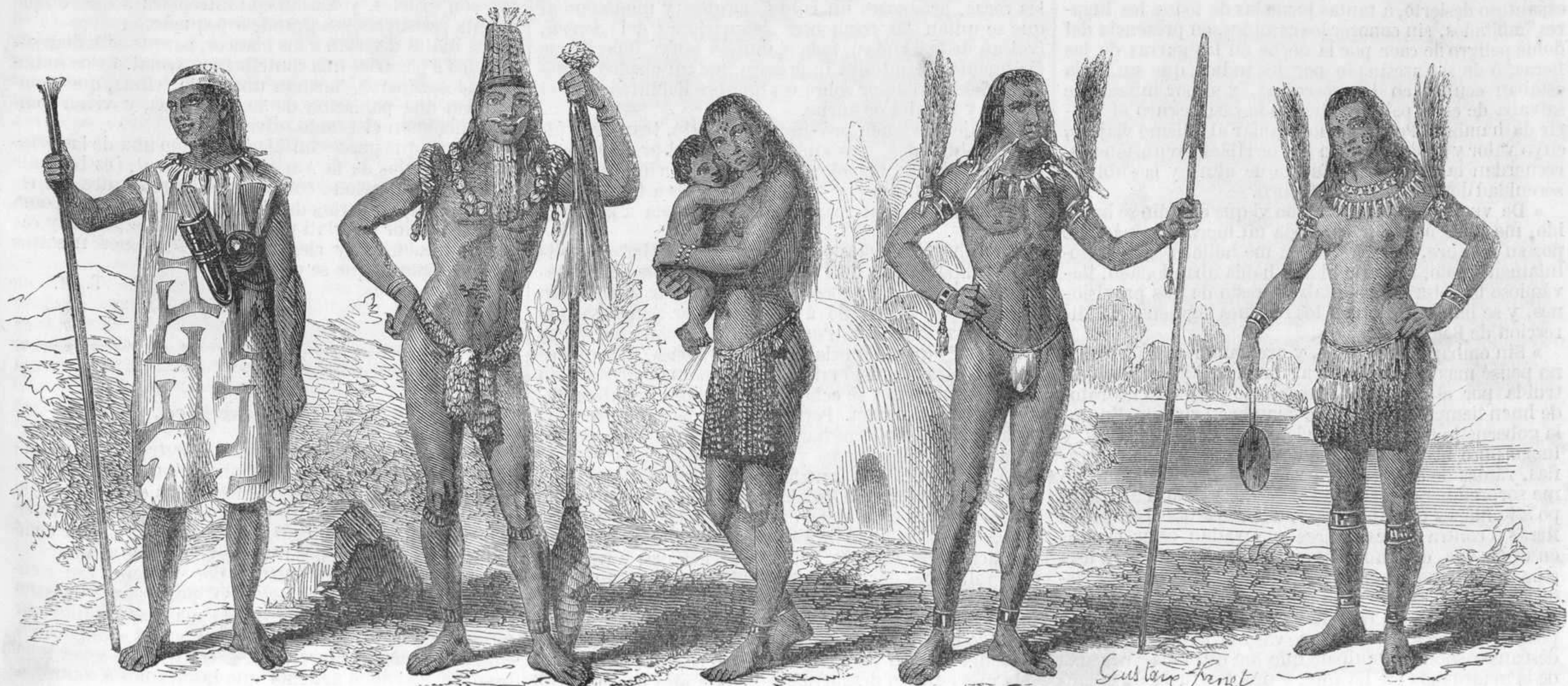
Todo esto no habria sido nada todavía si el viajero hubiera podido contar con la fidelidad de sus indios cargueros, pero por desgracia tenia muchas razones para creer que pensaban abandonarle en el camino, y sus presentimientos no eran infundados, como veremos luego.

En el paso de los bosques de Berro-Yacu hubo un incidente de muy mal agüero. Un poco ántes de llegar al torrente del mismo nombre, cuando iban andando por medio de estos cañaverales que hacian muy penosa la marcha, el señor Osculati oyó gritar de repente á los cargueros que iban delante de él: *jaya runa!* (¡un



Cabaña de los salvajes zaparos abijkiras en las orillas del Napo.

muerto! ¡un muerto!). En efecto, apresuró el paso, y se encontró con el cadáver de un yumbo que estaba la cara contra el suelo. Cogiéndole por su larga cabellera, le volvió, y conoció á uno de los cargueros que iban delante, que se habia visto atacado de una disenteria en Papalleata por haber comido un pedazo de piel de vaca y haberse bebido encima un vaso de agua fria. Sus compañeros sin duda le habian abandonado cuando ya no podia andar mas, y habian colgado la carga que llevaba en las ramas de un árbol. La vista de este cadáver alteró á los cargueros, que no trataban de disimular su miedo, llamándose alternativamente por sus nombres, apretándose unos contra otros á cada vuelta de sendero, y extremeciéndose al menor ruido que sentian en los bosques. Es de suponer que en aquel momento fué cuando resolvieron acabar con el viajero irrevocablemente. El señor Oscu-



Indio zaparo, traje de caza.

Curacka, jefe de la tribu de los Encabellados.

India de la tribu de los Encabellados.

Indio é india Tiounas del Alto-Amazona.

Gustave Lanet



lati, temiendo esto, marchaba siempre detrás con su escopeta de dos cañones y sus pistolas dispuestas á hacer fuego sobre el primero que intentara huir ó sublevarse.

Los primeros síntomas de insubordinación se declararon en Baeza, antigua ciudad, reducida hoy á un solo *tambo*, habitado por una familia pobre que cultiva un poco de tierra y vende algunas cosas á los indios que pasan por aquel camino. Cuando despues de un día de descanso hubo de marchar de aquel lugar, los cargueros dieron mil pretextos para no moverse; y como el viajero permanecía impasible, el jefe trató de intimidarle, diciéndole «que no quería viajar en un día de fiesta, que hasta el gobernador de la provincia de Guixos, á quien habian escoltado el año anterior, los habia dejado descansar el domingo, y que si el blanco persistia en su propósito, le iba á suceder alguna desgracia.» Por toda respuesta el viajero amenazó al orador con darle de palos si no obedecía al instante, y viendo esto los indios, cargaron el equipaje sobre sus hombros, y al parecer se resignaron. A trescientos pasos de allí uno de ellos se cayó al suelo, y se puso á gritar que estaba herido, y que aquello era una advertencia de Dios. Lo cierto es que fué imposible levantarlo, y tuvo que enviarle con su carga á Baeza donde se habian dejado ya otros fardos en el *tambo*.

Se pasó sin inconveniente el rio Vermejo, así llamado por el hermoso color de sus aguas. La captura de un oso negro bastante grande, muerto por el señor Osculati, y la distribución de su carne, que gustó muchísimo á los indios, alegraron un poco á la caravana, de modo, que se acampó bajo mejores auspicios al borde del Cosanga, rio torrente que el valeroso viajero se propuso vadear, aunque tuvo que renunciar á su proyecto por las aguas y el deshielo de las nieves. Entónces hubo que dar un gran rodeo para buscar un paso, y en esto se invirtieron dos ó tres jornadas. Sin embargo, el encono y las tramas de esa pífida raza de indios á que pertenecen los cargueros, se iban aumentando, de modo que no dejaban ya la menor duda; una noche robaron la mitad del oso asado que se guardaba para ir comiendo en el camino, y otra noche el viajero notó que los indios habian construido su *tambo* con un cuidado y esmero muy particulares, tanto, que no podia ver nada á través de sus paredes improvisadas. En derechura se fué al jefe de los cargueros á preguntarle la razón de aquello, y este le respondió con tono hipócrita: *es para que descansase mejor el amo*. Pero el señor Osculati destruyó aquella obra prontamente, pues conocia muy bien sus intenciones. Sin embargo, la vigilancia de un hombre solo no podia luchar largo tiempo contra la perfidia de tantos.

Como el día 24 de junio disminuyó mucho la crecida del Cosanga, el señor Osculati se puso en marcha con el jefe y otro indio para buscar un vado, pero apenas habia andado algunos instantes, cuando notó de repente que el jefe habia desaparecido; el otro indio iba á su lado y no habia podido seguirle. Entónces deshizo lo andado, y de vuelta al *tambo*, vió que todos los cargueros se habian ido, llevándose las provisiones, y la mayor parte de su equipaje.

El indio que se habia quedado con él, pareció conmovirse viéndole en aquel apuro, y le prometió su ayuda. Osculati se resolvió á enviarle al gobernador de Archidona con una carta pidiendo socorro, y el indio se comprometió á llevarle y á traerle la respuesta dentro de seis ó siete días, aunque con la condición de que se le pagara adelantado, y de que no saldria hasta el día siguiente, porque temia ser devorado por la noche por los jaguares. El viajero pasó por estas condiciones que le parecian razonables, pero aquella misma noche se le escapó el indio, yéndose con sus camaradas, que sin duda le esperaban á corta distancia.

¿Qué determinación se podia tomar en medio de un espantoso desierto, á tantas jornadas de todos los lugares habitados, sin conocer los caminos, en presencia del doble peligro de caer por la noche en las garras de las fieras, ó de ser asesinado por los indios, que sin duda estaban ocultos en las cercanías, y si por milagro se salvaba de estos peligros, teniendo casi seguro el morir de hambre? Pero dejemos hablar al mismo viajero, cuyo valor y resignación en tan terribles circunstancias, recuerdan la evangélica fuerza de alma y la sublime serenidad del ilustre Silvio Pellico.

« De vuelta al *tambo*, cuando ví que el indio se habia ido, me puse á gritar con toda mi fuerza, llamándole por su nombre, pero en vano; me hallaba solo, absolutamente solo, tambien él me habia abandonado, llevándose la bolsa donde estaba el resto de mis provisiones, y se habia metido en los bosques siguiendo la dirección de Baeza.

» Sin embargo me calmé, y aceptando mi infortunio, no pensé mas que en reparar la choza, ya medio destruida por el viento, aprovechando para esto los ratos de buen tiempo que hacia de cuando en cuando. En fin, la goberné lo mejor que pude con estacas y cuerdas, y luego puse al rededor una empalizada, hecha con cañas, ramas de árboles y zarzas, con objeto de que no me sorprendieran durante mi sueño, y para tener tiempo á lo ménos de ponerme en defensa, fuese contra las fieras ó contra los cargueros que podian estar ocultos en el bosque, esperando una ocasion propicia para asesinarme. Cuando concluí mi trabajo, cargué mi escopeta y mis pistolas; fijé una punta de lanza en un bambú, por si acaso lo necesitaba, y despues de comer un poco de galleta y beber un vaso de agua, me tendí á descansar sobre el equipaje que me quedaba. A la una de la madrugada me levanté, y una vez fuera de la em-

palizada, visité aquellos contornos para ver si alguien andaba oculto por allí, y descargué dos veces mi escopeta en dirección al bosque, tanto para alejar á los osos y jaguares como para dar á entender á los indios, si rondaban en aquellos sitios, que me hallaba sobre la defensiva. La oscuridad era tan profunda, que no podian distinguirse los objetos ó socas de un palmo de distancia, lo que unido á la lluvia tremenda que caia, contribuia á sumergirme en una situación de las mas penosas. Una hora despues tiré otros dos escopetazos, y á las seis de la mañana, en cuanto ví la luz, tomé un poco de café, que por fortuna me habian dejado los indios, sin duda porque no les gustaba. »

Despues de maduras reflexiones el viajero, ántes de intentar el viaje de Archidona ó de volverse á Baeza, empresas ambas de un éxito dudoso, se decidió á permanecer seis ó siete días en aquel triste sitio, con la esperanza de que algun indio pasaria por allí y le socorriera. Con este fin dividió en pequeñas porciones la poca galleta que le quedaba, para asegurarse la subsistencia de aquel corto tiempo que se habia fijado, y despues esperó los acontecimientos con paciencia. Pero sin embargo, en medio de tantas angustias, el señor Osculati tuvo aun bastante fuerza de ánimo para ponerse á recoger insectos.

La residencia allí, ó mas bien aquella agonía mortal, duró unos catorce días. Trazar aquí todas sus particularidades seria un buen medio para cautivar la atención del lector y para enternecerle; su historia borraría el recuerdo de los fingidos infortunios de Robinson, que á lo ménos en su isla no tenia las fieras, y tenia á su disposición los despojos de un buque; pero aunque los límites de nuestro periódico nos cortan nuestros deseos, no queremos sin embargo renunciar á trasladar á nuestras columnas un episodio muy sencillo, pero que casi hace saltar las lágrimas á los ojos:

« El 27, dice el viajero, continuó la lluvia todo el día, y el río por consiguiente continuaba creciendo. Me fué imposible hacer lumbre, y el valor que hasta entónces no me habia abandonado, principiá á faltarme. Por la noche me desperté sobresaltado por un ruido que oí en las profundidades del bosque, y que se iba acercando á mi cabaña. Al instante di un salto á coger mi escopeta, y al cabo de poco tiempo ví á poca distancia de donde yo me hallaba un objeto que se iba adelantando hácia la ribera. Aunque la noche estaba muy oscura, presumí que era un *tapir*, tanto por el ruido de un andar pesado, como por la fuerte respiración de un animal que va oliendo. Grande fué mi alegría en aquel instante; pero el miedo de perder de vista al animal, me produjo tal impresion, que me ví obligado á apoyarme en el árbol que sostenia el *tambo* para hacer fuego. Tuve la dicha de echarlo por tierra al segundo tiro. Seguro de haberlo muerto, y nosintiéndome con fuerzas para arrastrarle hasta la choza, volví á tenderme en mi pobre cama, contento por haberme asegurado la subsistencia durante algunos días. Mucho trabajo me costó volverme á dormir, tan agitado y conmovido estaba, pero mi alegría no fué por cierto duradera.

» Al despertarme el 28, á las cinco de la mañana, ví con dolor que el río habia crecido súbitamente. Sus aguas llegaban hasta la cabaña, y apenas tuve tiempo suficiente para llevar al bosque mis cajas y mis fardos. La corriente habia llevado ya un cierto número de objetos que habia dejado fuera del *tambo*, y entre ellos el *tapir* habia desaparecido. »

El pobre viajero tuvo que construir de nuevo otra cabaña mas lejos del río, y á pesar de este penoso trabajo, hubo de sustentarse con algunas frutas silvestres y algunas raices, pues deseaba conservar la poca galleta que le quedaba.

« Sin embargo, añade en su libro, á todo esto seguia lloviendo cada vez mas fuerte. El silbido de la tempestad y el extrépito de las aguas que se estrellaban contra las rocas, producian un ruido lúgubre y monotonó al que se unian las frecuentes detonaciones del *Sangai*, (volcan de las Andas), todo el mundo podrá imaginarse fácilmente la siniestra impresion que un cuadro semejante debia producir sobre un hombre debilitado por el ayuno y la falta de sueño. »

El viajero, viendo próxima su muerte, trazó sus últimas voluntades, y escribió una carta al presidente de la república del Ecuador, en la que describia uno por uno sus infortunios, y ató estos papeles á la punta de un palo, en el cual enarboló una servilleta á guisa de bandera.

Pero abreviemos los pormenores de este largo suplicio. Al cabo de diez días de espera, el viajero, sin esperanzas ya de recibir socorros, debió tomar un partido definitivo, y se decidió á caminar, por peligrosa que fuera esta tentativa. Para este fin, dividió las pocas provisiones que le quedaban en dos partes, una que se llevó, y otra que dejó en el *tambo*, para no arriesgarlo todo de una vez, y se echó á nadar sobre las alborotadas olas del Cosanga. Pero no tenia bastantes fuerzas para esto; el río le rechazó, y en esta empresa perdió la mitad de sus víveres y su par de pistolas. Volvió pues á la orilla con mucho trabajo, renunciando á la esperanza de llegar á Archidona. Entónces ya no pudo pensar en otra cosa que en volverse á Baeza, y esto fué lo que hizo, pasando infinitos trabajos, alimentándose de raices y de la poca galleta que llevaba, y perdiéndose mil veces por aquellos caminos. Pero en fin llegó, y ahora le dejaremos hablar por última vez:

« Tres días despues de haber salido del Cosanga, despues de haber pasado la noche en un arsenal, pues ya no tenia fuerzas para nada, apenas podia levantarme; mis piés estaban desgarrados, pero la idea de que podia

llegar á Baeza en un día, me hizo recobrar algun aliento.

» El día anterior habia comido lo que me quedaba de galleta, de modo que todas mis provisiones se reducian á un puñado de maiz tostado. Atravesé bosques, pantanos y zarzas, abriéndome camino muchas veces con mi navaja; iba cubierto de lodo, pues me veia obligado con frecuencia á andar á gatas. Hasta las cuatro de la tarde fui andando sin que nada me anunciase que llegaba á Baeza; sin aliento ya, me senté sobre un tronco de árbol, y maldiciendo mi suerte, me puse á construir una cabaña, cuando oí á lo lejos el canto de un gallo. Entónces, cuando me convencí de que estaba cerca de alguna habitacion humana, caí de rodillas, y exclamé: *¡Dios de misericordia, gracias por haberme salvado!* »

En efecto, Baeza estaba cerca, y el señor Osculati, apenas tuvo fuerzas para entrar en el *tambo*, donde cayó, suplicando que le trajeran algo que comer. Allí supo que sus cargueros habian pasado por aquel lugar hacia unos dos días, diciendo que él habia perecido en el paso del Cosanga, y que no contentos con esto aquellos miserables, habian destruido el miserable puente del Cosanga para impedirle que les siguiera. Otros indios se encontraron que se comprometieron á llevarle á Archidona con su equipaje, y en efecto, dos días despues la nueva caravana estaba otra vez en el Cosanga, donde les salieron varios indios, enviados por el gobernador de Archidona, que estaba inquieto por la larga ausencia del señor Osculati. Desde entónces, el viajero no tuvo mas que hacer que dejarse llevar, pues ya no podia andar, hasta que llegó á Archidona donde le esperaba un buen recibimiento.

Archidona, aunque capital de la provincia de Quixos, no es mas que un lugarcillo, y aun la provincia toda no se halla en un estado muy próspero por falta de buen gobierno. Despues de residir tres meses en esta provincia el señor Osculati, se embarcó en el Napo, habiendo recobrado ya todo su equipaje. No le seguiremos nosotros en esta navegacion de 150 leguas, desde el punto en que este rio es navegable, hasta donde se arroja en las Amazonas, porque preferimos concluir con algunos pormenores etnográficos sobre los indios de Quixos, y de las dos riberas de este importante rio.

Estos salvajes son de una estatura elevada, su cutis es cobrizo y reluciente, y sus cabellos negros y abundantes. Sus facciones son regulares, grandes sus ojos y sus frentes bien desarrolladas. La configuración general de su cuerpo anuncia mucho vigor y agilidad, y en efecto, entre ellos no hay entes raquíticos ni gotosos. Se tiñen la cara, los brazos y las piernas, como ántes de la conquista, y para esto emplean diversos vegetales, que dan un hermoso rojo, así como las semillas de un árbol llamado *quito*, del que sacan su zumo negro, que se pega tan bien á la piel, que á lo ménos en muchas semanas no desaparece. Algunos se frotan con este zumo todo el cuerpo para preservarse de las picaduras de los insectos.

Aunque muy robustos, veloces en la carrera y diestros en la pesca y en la caza, su mayor felicidad está en no hacer nada, y pasan la mayor parte del tiempo tendidos bajo sus miserables chozas, llenas de arañas venenosas, de alacranes, lagartos, escarabajos y otros insectos, donde no se podria vivir, sin un animalito llamado la *cazadora* que limpia cada cinco ó seis días la cabaña.

Estos útiles coleopteros forman repúblicas admirablemente organizadas. Todas las mañanas salen de sus grutas subterráneas, y se dirigen hácia la morada que aquel día debe suministrar la subsistencia general. Sin engañarse nunca, llegan al punto adonde van, y se les ve subir por millares por las paredes, las camas y los techos donde se apoderan hasta de los murciélagos, que una vez en su poder mueren prontamente. En cuanto los habitantes de la cabaña ven que llega esta ronda, salen de la cabaña, pues las picaduras de estas hormigas son crueles, y atacan con intrepidez á todo el que intenta resistirlas, sea grande ó pequeño.

Los indios detestan á los blancos, porque se hallan sometidos á pagarles una contribucion anual. Estos indios llamados zaparos, forman unas 200 tribus, que comprenden una poblacion de 30,000 almas, y viven completamente en el estado salvaje.

El Napo, que puede considerarse como una de las principales arterias de la América meridional, (es bastante fácil á la navegacion) corre generalmente entre dos riberas llanas, cubiertas de plantas tan abundantes como raras. El señor Osculati piensa que en este país hay recursos inmensos, y ciertamente no seremos nosotros los que digamos que se equivoca.

T. M.

#### Boletín científico.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que desde hoy contamos con la colaboracion del señor Reynoso, jóven americano, que en su corta edad ha sabido adquirir una de las mas estimables reputaciones en el orbe científico, y el cual ha tenido la bondad de comprometerse á darnos dos revistas científicas al mes.

Estas revistas, redactadas por persona tan competente como el señor Reynoso, pondrán á nuestros lectores al corriente de todo lo mas interesante que ofrezca el movimiento intelectual en el campo de la ciencia. Como introduccion á sus trabajos, el señor Reynoso ha escrito el artículo que insertamos á continua-



cion, en el cual no solo da una nueva prueba el autor de sus conocimientos científicos, sino de muy brillantes dotes literarias.

Este artículo añade al interés del asunto, y de la manera con que está presentado, el del carácter local americano, razón por la cual creemos que será del agrado de nuestros lectores, en cuyo obsequio estamos dispuestos á realizar todas las mejoras que puedan elevar nuestra publicación al rango de las más importantes en su género.

He aquí el artículo :

**CURARE.** — Veneno usado por los indios para envenenar sus flechas. — En la infancia de los pueblos, cuando los medios de ataque y de defensa no han progresado bastante, se encuentra la costumbre de envenenar los instrumentos de destrucción para suplir con la eficacia del veneno á la imperfección de las armas. — Los adelantos de la civilización hacen inútil el uso de esos medios, pero el estudio de las substancias empleadas por esos pueblos, no solo es interesante históricamente, porque nos muestra su estado de cultura, sino que también es útil, porque todavía existe esa costumbre en algunas tribus de indios de la América del Sur y del Archipiélago indio. — Por otro lado, substancias que tienen una acción tan enérgica sobre la economía animal, deben interesar al naturalista, que trata de aprovecharse de esas propiedades y convertirlas en medios de restablecer la salud de los hombres. — Conquistas semejantes se ven todos los días en la ciencia, y sin más que echar una ojeada sobre un libro de materia médica, todo el mundo puede convencerse de que las substancias más venenosas aplicadas en ciertas dosis, constituyen remedios eficaces para muchas enfermedades.

Los indios que envenenaban sus flechas eran los caribes y los que habitaban las márgenes de las Amazonas. Los caribes usaban la leche de la manzanilla, y los de las Amazonas el curare. — Otros indios se servían también de la leche de la manzanilla, mezclada con cabezas de ciertas hormigas venenosas. Los habitantes primitivos del Perú poseían venenos muy activos, pero parece que no acostumbraban á envenenar sus flechas. — Garcilaso de la Vega nos hace una pintura exacta del efecto espantoso de esos venenos; no morían con él sino los individuos de débil constitución: los robustos vivían, pero quedaban inhabilitados de sus sentidos, miembros y juicio: quedaban « feisimos, aluazarados, ahouerados de prieto y blanco, lo cual holgaba más á los del tósigo por verlos penar, que no de matarlos luego. » (Garcilaso. — Primera parte de los *Comentarios reales*, pág. 60. — Lisboa, 1689.)

El primero que trajo el curare á Europa fué el almirante Walter Raleigh, el mismo que quiso emprender una expedición para restablecer los descendientes de los incas en su antiguo trono de Cuzco y de Caxamarca. Este mismo Raleigh fué más tarde decapitado en Londres por haber inducido al rey á tentar una desgraciada expedición en busca del fantástico Eldorado.

Acuña, La Condamine y Ulloa, nos hablan en sus viajes de la substancia que nos ocupa, pero ninguno de ellos nos da detalles circunstanciados: solo en estos últimos tiempos los viajeros nos hacen relaciones explícitas y racionales de la extracción y confección del veneno, de la planta que lo produce y de los medios de usarlo. Sin embargo, como recuerdo de la época, y para mostrar al lector cuántas supersticiones y patrañas han relatado los historiadores y viajeros que han escrito sobre América, vamos á citar lo que dice el P. Gumilla, sobre este particular, en su *Orinoco ilustrado*.

Principia el buen Gumilla con una imprecación contra la serpiente infernal, que no contenta con haber infeccionado desde el paraíso á todo el género humano con su pestífero y mortal veneno, no se cansa ni desiste de su maligna porfía, vomitando nuevas muertes para las almas con el pecado, y para los cuerpos... con las ocultas ponzoñas que manifiesta á las naciones ciegas del Orinoco. Siendo los indios de débil juicio y de tosca industria, es imposible que hayan inventado armas tan mortíferas, de modo que con toda seriedad y sinceridad, dice, armas tan fatales provienen de la saña implacable con que el enemigo común mira al género humano, cuya total destrucción fuera su mayor consuelo. Gumilla parece haber sido el primero que haya insistido y llamado la atención sobre la propiedad del curare, de no ser absorbido por la economía animal sino cuando se pone en contacto inmediato con la sangre, pudiéndose poner en la boca y tragarse sin riesgo alguno, con tal que no haya herida alguna; pero si hay la más leve herida, aunque no sea más que « el rasguño que hiciera un afiler, » ocasiona la muerte instantánea, pudiendo apenas decir tres veces « Jesús. »

La descripción que hace Gumilla de la maniobra de la preparación, es inexacta, y hoy todos los viajeros están de acuerdo sobre este punto. Felizmente, en honor de Gumilla, se debe decir que él mismo advierte que solo cuenta lo que le han dicho, pero que nunca ha sido testigo ocular de esa preparación. Dice pues, Gumilla, que los indios Caverres sacan las raíces del curare, y después de lavadas y hechas pedazos, las machacan y cuecen en grandes ollas á fuego lento: buscan para esa faena la vieja más inútil del pueblo, y cuando esta cae muerta por efecto del vaho de las ollas, como regularmente sucede, luego substituyen otra del mismo calibre en su lugar, sin que ellas repugnen este empleo, ni el vecindario, ni la parentela lo lleven á mal; pues ellas y ellos saben que este es el paradero de las viejas. Así como se va entibiando el agua, va la pobre anciana amasando su muerte, mientras que de olla en olla va estregando aquella raíz machacada, para que con más facilidad deposite el tósigo en el jugo de que se va tinturando el agua, que no pasa de tibia, hasta tomar el color de arropo claro: entonces la maestra exprime las raíces con aquellas pocas fuerzas que su edad consiente, dejando caer el caldo dentro de la olla, y las arroja como inútiles: luego añade leña, empieza de firme el cocimiento, y á poco rato de hervir las ollas, ya atosigada, cae muerta, y entra la segunda, que á veces escapa y á veces no. Cobra finalmente punto el cocimiento, merma la tercera parte del caldo, hasta que ya, condensado, grita la desventurada cocinera, y acude al punto el cacique con

los capitanes y el resto de las gentes del pueblo al examen del curare, y á ver si está ó no en su debido punto. (Gumilla. *Orinoco ilustrado*. — Edic de Barcelona, 1791, pág. 124 y sig.)

El curare proviene de *Strychnos toxifera*. Los indios supersticiosos le mezclan con un gran número de substancias inútiles, y la fórmula de la preparación del curare puede compararse á una de esas composiciones farmacéuticas antiguas, ó á uno de esos medicamentos usados hoy por los charlatanes, en los cuales la mayor parte de los ingredientes no hacen más que complicar la preparación, sin añadir nada á la propiedad medicamentosa de la substancia verdaderamente activa.

Inútil nos parece enumerar las substancias que mezclan al curare: dirémos solamente que la preparación de este veneno consiste en hacer macerar la corteza del *strychno toxifera*, concentrar el líquido que proviene de la maceración, y como ese líquido, aun después de concentrado, no es bastante espeso para quedarse adherido á las flechas, á fin de darle la consistencia necesaria, se les mezcla con el zumo de otro vegetal llamado *kiracaguero*. Los vapores que se desprenden mientras se concentra el líquido por la maceración son enteramente inofensivos. Generalmente el curare se halla en el fruto del *cresceta cujete*, que en muchas partes de América llaman vulgarmente *quiro*.

Humboldt describe largamente, en la Relación histórica de su viaje, la preparación del curare. Los dos hermanos Schomburgk han descrito después esa misma preparación, y á ellos se les debe también la descripción completa de los caracteres botánicos del *strychnos toxifera*. El curare preparado como acabamos de decir, se presenta bajo el aspecto de una masa resinosa negra, sin olor ninguno y con un sabor muy amargo. El principio activo de este veneno reside en un alcaloide (la *curarina*), incristalizable, de un aspecto córneo, muy soluble en el agua y deliscuente. El ácido azótico le da un color rojo de sangre, y el ácido sulfúrico produce con él un hermoso color de carmin. Este alcaloide fué descubierto por los señores Boussingault y Roulin.

**Acción sobre la economía animal.** — Como hemos dicho ya, el primer carácter del curare es ser inofensivo, en tanto que no se pone en contacto inmediato con la sangre. No solo se puede introducir sin riesgo alguno en el canal digestivo, sino que muchos indios lo usan y aprecian como un excelente estomático, lo que nos parece cierto, porque siempre que hemos hecho el ensayo de dar á probar el curare á un perro, hemos visto aumentarse su apetito.

Los indios usan las flechas envenenadas en sus cacerías, y comen sin escrúpulo alguno los animales que han matado. Y es tal la costumbre que tienen de servirse de dicho veneno para matar los animales de que se alimentan, que han acabado por creer que la carne de todo animal cazado de otro modo es mala, de modo que para matar una gallina no la tuercen el cuello, sino que la hieren con una flecha envenenada. Refiere Humboldt que el P. Zea, que lo acompañaba en sus excursiones, daba tanta importancia á esa operación, que aun posturado en una cama y agotadas sus fuerzas, se hacia traer todas las mañanas la gallina que se le debía servir, y él mismo la mataba con una flecha envenenada.

A primera vista se pensaría que si el curare no tiene ningún efecto nocivo cuando pasa por el tubo digestivo, es porque los jugos gástricos lo modifican ó descomponen. Los señores Peloure y Bernard han probado lo contrario. Han dejado en digestión á 38° durante 40 horas, el curare en el jugo gástrico de un perro, y al cabo de ese tiempo el veneno no había perdido ninguna de sus propiedades, matando tan rápidamente como el curare común á los perros en cuyas heridas se introduce. Todavía han hecho un experimento más concluyente. A un perro que tenía una fistula estomacal le han dado curare mezclado con otros alimentos, y al cabo de cierto tiempo han extraído jugo gástrico, que poseía todas las propiedades venenosas del curare. Es ciertamente asombroso ver un animal que lleva consigo un elemento de destrucción tan fatal, sin sufrir dolor ó alteración alguna.

¿Porqué el curare no es absorbido en el tubo digestivo? Este es un problema que los señores Peloure y Bernard han resuelto. Se sabe que la condición principal de una substancia para ser absorbida, es que sea endosmótica, es decir, susceptible en ciertas condiciones de atravesar las membranas animales. Si se toma el estómago de un perro y se adapta á un endosmómetro de manera que la superficie mucosa esté exteriormente, y en seguida se sumerge este endosmómetro con agua azucarada en una disolución acuosa de curare, se verá al cabo de 2 ó 3 horas, que aunque haya habido endosmosis del agua azucarada con la que tenía en disolución el curare, este no ha penetrado en el endosmómetro. El mismo experimento se puede hacer sirviéndose de la membrana intestinal en lugar del estómago.

¿Cómo obra el curare absorbido é introducido en la circulación? Schomburgk, Warteston, Munter y Virchow se han ocupado de ese problema, y gracias á sus trabajos, se puede decir que poco hay que añadir á este punto de la historia del curare. Cuando este se inyecta en las venas de los animales, la acción es instantánea, y mueren con la rapidez del relámpago. Si se introduce solo por medio de una herida, su acción, aunque pronta, es más lenta. Si se hace el experimento con un conejo ó con un perro, el animal continúa algún tiempo después de haber sido picado tan despejado como ántes; pero luego, como si se encontrase cansado, se acuesta, parece dormirse, se detiene su respiración, y muere sin dar un quejido, sin convulsiones ni ningún síntoma que indique el menor sufrimiento, y como veremos luego, esta insensibilidad se explica muy bien.

Los señores Munter y Virchow deducen de todos sus experimentos, que el curare obra paralizando la acción de todos los músculos voluntarios. Así es que la respiración cesa completamente, mientras el corazón los intestinos y el estómago siguen funcionando. Se puede, pues, afirmar que el curare mata no por un efecto directo, sino porque suspende la respiración. Así es que si inmediatamente que cesa la respiración se hace la traqueotomía, y se practica la respiración artificial, el

animal continúa viviendo durante muchas horas, y aun puede salvarse completamente.

Es curioso ver la rapidez con que cesan los movimientos respiratorios, y para mostrarlos debe hacerse el experimento sobre animales como las ranas, en que los movimientos de deglución del aire se ven con mucha facilidad.

Se comprende muy bien que el curare cause la muerte sin dolor, después que se ha visto que obra suspendiendo la respiración, porque es sabido que cuando la respiración no se ejerce normalmente, cuando la transformación de la sangre negra en sangre roja no puede verificarse, entonces esa sangre negra llevada á todas las partes del cuerpo es inútil para la vida y destruye completamente la sensibilidad. El curare entorpece el juego de los músculos que presiden á la respiración, de modo que el aire no entra en el pulmón, y la transformación de sangre venosa en sangre arterial no puede efectuarse.

¿Existe algún antídoto para el curare?

Oviédo, Gumilla y La Condamine aseguran que la sal común ha salvado á algunos sujetos heridos con las flechas envenenadas, pero desgraciadamente ninguno de los experimentos que hemos hecho confirman lo que nos dicen estos autores.

El señor Virchow se ocupa hace tiempo de buscar un antídoto para el curare, y me ha escrito que ha obtenido algunos resultados satisfactorios empleando la estircnina; pero según dicho señor, no se encuentra bastante adelantado para poder precisar las condiciones en que es necesario emplearla. Nosotros creemos que lo único que se puede hacer, cuando tiene el médico que socorrer á algún sujeto herido con flecha envenenada, es chupar la herida para facilitar el derrámen de sangre, y por consiguiente impedir la absorción del veneno, lavando luego la herida con amoníaco cáutico, y sobre todo, no vacilaríamos un momento, si fuese necesario en practicar la traqueotomía, y operar la respiración artificial.

En la historia de los venenos, uno de los puntos más importantes es la investigación de sus efectos después que han sido absorbidos por la economía animal: interesa á la sociedad entera el poder probar al criminal su culpabilidad para darle el castigo, y al médico conocer la substancia venenosa para arreglar á ella su tratamiento. Así es que las investigaciones médico-legales forman los capítulos más interesantes y útiles de las obras de toxicología. Desgraciadamente esta parte de la historia del curare deja aun mucho que desear, siendo casi imposible hasta ahora la prueba del delito. Los experimentos que pueden conducirnos á sospechar que el curare haya servido para perpetrar un crimen son los siguientes:

Segun resulta de los experimentos de los señores Peloure y Bernard, el curare tiene la facultad de destruir completamente las propiedades del sistema nervioso. En general, cuando la vida cesa bruscamente, los nervios conservan durante algún tiempo la propiedad de obrar, excitados mecánica ó químicamente; si se excita un nervio de movimiento, por ejemplo, al momento se ve contraer el músculo á que va á distribuirse este nervio. Después de la muerte dada por el curare, ninguna de esas propiedades existe. Los nervios de un animal, aun caliente, son tan inertes como los de otro animal en estado de putrefacción; pero este carácter no puede ser absoluto, y sobre todo no puede servirnos para nada después que el individuo ha dejado de existir.

Se debe indagar si el individuo tiene alguna herida, y ver si en ella existen rastros de cuerpos extraños. Si existen, será necesario recogerlos cuidadosamente y ver si producen la muerte poniéndolos en contacto con la sangre de cualquier animal.

También se puede recoger la sangre, y hacerla hervir filtrando luego y concentrando el líquido en el cual deben buscarse las propiedades del curare.

Concluirémos nuestro artículo repitiendo que en el estado actual de la ciencia, á no ser que se encuentre el veneno en la herida, es imposible poder afirmar su existencia.

REYNOSO.

### Máquina Ericsson.

Por el Humboldt ha llegado al Havre una pequeña máquina que es una muestra del sistema Ericsson. Esta máquina ha sido montada en los magníficos talleres de MM. Mazaline, hermanos, en los que han sido admitidas muchas personas para verla funcionar. La máquina ocupa un paralelogramo de una superficie como de unos tres metros de largo y dos y medio de ancho. Su altura es aproximadamente de tres metros. El cilindro inferior que pone en juego el pistón, tiene ciento treinta centímetros de diámetro, y el pistón veintidos centímetros de trayecto. El aparato está graduado para producir una fuerza de diez caballos, pero no se ha emprendido aun ninguna demostración metódica sobre este punto, es decir, que aun no se ha medido el carbon consumido ni la fuerza producida.

El ingeniero encargado por M. Ericsson de acompañar su máquina, ha recibido por el Hermann nuevos informes, que le han inducido á diferir las experiencias dirigidas matemática y rigurosamente para completa edificación en Francia de los hombres científicos, en atención á que se le ha dado la seguridad de que, á consecuencia de nuevos perfeccionamientos, ha llegado el inventor á doblar la potencia efectiva de su máquina, y á que le prometen enviarle por el próximo paquete detalles más precisos con cuyo auxilio se podrá introducir en esta pequeña máquina, á lo menos, una parte de dichas modificaciones.

En este estado de cosas, se comprende la utilidad de un retardo de algunos días, que presenta la probabilidad de obtener resultados más completos respecto de un



sistema que está lejos de haber llegado aun á la perfeccion. Por ahora, lo que hemos podido consignar con todos los asistentes, es que el aparato es de una sencillez admirable; que funciona con perfecta regularidad, y que la cantidad de carbon quemado es enteramente insignificante, apénas lo que necesitaria un particular bien acomodado para calentarse á su chimenea. El sentimiento que uno no puede menos de experimentar á la vista de esta nueva potencia, es que ante ella se halla el campo del porvenir.

**La pelota normanda.**

No se trata aquí de ese juego en que tanto sobresalen los naturales de nuestras provincias vascongadas, sino de una antigua costumbre, propia de algunos departamentos franceses, y particularmente de la Baja Normandía, costumbre abolida hoy.

Los recuerdos antiguos van borrándose poco á poco por la accion de las circunstancias generales, que en todos los países tienden á uniformar las costumbres; y preciso es confesar que entre los hábitos populares franceses, hay muchos cuyo olvido es de sentir muy poco, como sucede con el juego mal llamado de la *pelota*, suprimido hace poco tiempo por la autoridad, como medida de orden y de seguridad pública, en el distrito de Domfrond.

Este juego, de procedencia gala, y cuya antigua significacion nunca han podido averiguar los eruditos, solo era para los aldeanos de la Baja Normandía, un motivo de disputas sin término, y un pretexto para todo género de desórdenes. Y sin embargo, aunque hoy está prohibido, tuvo durante muchos años fuerza de ley, y las mismas autoridades lo protegían y fomentaban en las diversiones públicas.

El martes de carnaval era cuando en muchos distritos del Norte (Bretaña y Normandía), los aldeanos se disputaban con encarnizamiento la *pelota* (especie de bola gruesa de cuero, llena de salvado.) Generalmente

se dividían en dos bandos ó partidos, para arrebatarse la unos á otros: la *pelota*, muy adornada de cintas de diversos colores, y arrojada por el alcalde del pueblo, caía entre los dos ejércitos rivales, que se lanzaban desesperados á cogerla, revolviéndose unos sobre otros, arrastrándose por el suelo, atravesando rocas y rios, y dirigiéndose no pocas veces golpes mortales. La victoria era de aquel que, á pesar de los esfuerzos del enemigo, conseguía meter la *pelota* en una casa designada de antemano. Este honor casi siempre era perjudicial al inquilino de ella, pues los *peloteros* (así se llamaban los jugadores) ponían á contribucion sus provisiones y su bodega.

Hubo tiempo en que la fiesta no era completa si no ocurría alguna muerte: últimamente se contentaban con que hubiese contusiones ó fracturas de miembros: la barbarie iba disminuyendo, pero siempre era barbara. Esto último quiere decir que la disposicion que ha suprimido el juego de la *pelota normanda*, ha herido la institucion gala en medio de su decadencia.

J. P.



Tumba del emperador Napoleon I<sup>o</sup> en la iglesia de los Inválidos. — Puerta de entrada de la *crypta*.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

**PARTE LITERARIA ILUSTRADA.**

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 46 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

**SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.**

Para la HABANA. . . . .	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO. . . . .	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA. . . . .	\$ 13 " "	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA. . . . .	\$ 16 " "
— PUERTO RICO (San Juan). . . . .	\$ 12 30 m.cq.	— VERA CRUZ y TAMPICO. . . . .	\$ 13 fuertes.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO. . . . .	\$ 18 30	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA. . . . .	\$ 15 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME. . . . .	\$ 12 fuertes.	— todo el interior de la República. . . . .	\$ 18 fuertes.
— la PROVINCIA DE CUMANA. . . . .	\$ 12 75 "	— Un número suelto. . . . .	3 1/2 rs. fs.
— Un número suelto. . . . .	2 1/2 rs. fs.		
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes). . . . .	\$ 14 " "		